

LA RELIGION Y LA LIBERTAD.

ORACION FÚNEBRE

DANIEL O'CONNELL.

EL R. P. J. VENTURA.

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER.

CONDE DE PEÑALVER.

BARCELONA.

LIBRERIA CATOLICA DE ROSA Y COMPANYIA, CALLE DE ANCHAS, N.º 2.

LA RELIGION Y LA LIBERTAD.

ORACION FÚNEBRE

DE

DANIEL O'CONNELL;

PRONUNCIADA,

en la basílica de San Pedro de Roma; los días, 28, y 30 de Junio 1847;

POR

EL R. P. J. VENTURA.

Simón fué grande, porque libró á su pueblo de la
perdición, y porque en sus días fué el restaura-
dor del Templo.

(Eclí., l. 1 y 4.)

«LLEGARON, sí; aquellos días tan ansia-
dos, y que tan dulces horas nos prometían
de placer: han llegado, por fin; pero, ¡ay!
trocados en días de luto y de amargura. El
está con nosotros; mas, no cual le esperá-
bamos.»

Así lloraba S. Ambrosio al emperador
Valentiniano; y así, también, debemos llorar
nosotros al célebre, al inmortal cristiano
Daniel O'Connell: una de las más excelsas
glorias del catolicismo; y el más grande, y

el más extraordinario, y el más estupendo
personaje de los modernos tiempos... ántes
que Pío IX se hubiese anunciado á la tierra.
Mientras que Roma le esperaba, para feste-
jarle ¡ó dolor! solo ha visto llegar, para
llorarle; una parte de sus restos mortales,
su corazón: esperábamos admirarle, en vi-
da; y ¡hénos, hoy, reducidos á rogar, aquí;
por el alma del cristiano que no existe, ya!

Mas ¿de dónde nacen, queridos herma-
nos míos; tanto ahigo, tanto ardor, tanto

verdadera libertad: ciencia que fué, después, el alma de sus planes, la norma de sus empresas, su fuerza en los combates, la causa de sus victorias.

¡Desgraciada de Irlanda; si su O'Connell no se hubiera formado en esta escuela, y penetrado á fondo de estas lecciones! ¡Oh Irlanda heroica, y sublime! ¿qué pueblo cristiano sufrió tanto como tú, por su fidelidad á la religion católica? Del mismo modo que, por espacio de tres centurias; han rivalizado tus hijos en constancia; con los cristianos de la primitiva Iglesia: así, la heresia anglicana ha reproducido, para verjarlos; las crueldades de los antiguos tiranos. Porque, si en estos últimos tiempos; la heresia dominadora, aún más casada de martirizar á Irlanda que la católica Irlanda de padecer, había moderado algun tanto el rigor de su encono; sin embargo, ese generoso país quedó entregado al imperio de una legislación, que lo convirtió en teatro de todas las angustias y penalidades humanas; y á su pueblo en el pueblo más pobre, más humillado, más oprimido de la tierra.

Vióse Irlanda arrebatat, de nuevo; por la corrupcion y el terror, su parlamento nacional; y de reino que era, trocada en una triste y miserable provincia de Inglaterra: en la que todo católico perdía sus derechos á la propiedad del suelo; y no pudiendo ser más que arrendador de éste, y por muy corto tiempo; cada hijo suyo estaba facultado, con solo declararse protestante, para apropiarse la mitad del resto de su esquilmada fortuna. Despojada de sus bienes la iglesia de Irlanda; no contaba ya con otros fondos, para el sostenimiento de su clero y culto; que la espontánea limosna de un pueblo exhausto de medios; al que condenaban, sin misericordia, á pagar diezmo al culto protestante; y enriquecer, así; con el fruto de sus afares y de su sangre, á los ministros parásitos del error. Hallábanse, además; excluidos los católicos de todas las dignidades, condecoraciones y empleos civiles y militares; inhabilitados por la ley, para ocupar un asiento en la casa consistorial, y en el parlamento de la nacion; y enteramente vedadas, para ellos; todas las sendas constitucionales, toda esperanza de poder algun dia mejorar de condicion. La justicia, cuya administracion se hallaba en manos de los protestantes, no existía más que para

éstos: los católicos no tenían, ni derecho de invocarla, ni esperanza de obtenerla.

Habia llegado la miseria á su colmo, y la liberalidad anglicana dejado á Irlanda, por todo vestido; los sucios harapos del populacho de Londres; por todo alimento, la patata; y los ojos, para llorar tantas desdichas! Si, todavía quedaban Irlandeses; pero; no habia, ya; Irlanda! Ese pueblo, tan apacible, tan fiel, tan religioso; no era, ya; un pueblo: era, tan solo; una piara de esclavos, sin privilegios, sin derechos, sin defensa; abandonada á la arbitrariedad, al capricho, á la codicia, á la fiera de amos sin corazon, ni humanidad ni freno alguno.

Hé, aqui; la situacion de Irlanda; en el momento que, terminados los estudios forenses de O'Connell, apareció Daniel, por vez primera; como orador, en la escena politica; su primera arenga fué una generosa protesta, contra el acto brutal de la union entre los gobiernos de ambos reinos; una elocuente queja sobre los males de su patria, una oracion fúnebre, un cántico de dolor.

Pero Dios se apiadó, al fin; de ese pueblo, que habia sido confesor y martir de la verdadera fé; y como á un nuevo Moisés, parece decir á O'Connell: «Los ayes de los hijos de Israel han llegado hasta mí: he visto su afliccion, he visto el cúmulo de penas con que los abruman cruelmente: sus opresores: ven, yo te enviaré á libertar á mi pueblo, y estaré siempre contigo (Ex. 3).» En efecto; la generosidad é intrepidez sin ejemplo, la constancia y abnegacion completa de sí mismo, con que abrazó Daniel O'Connell la inmensa causa de la libertad de Irlanda; sólo se explican suponiendo, en él; un convencimiento profundo de haber recibido del cielo aquella gran mision.

O'Connell llama la atencion, desde luego; por su elocuencia verdaderamente prodigiosa; pues comprende todos los géneros, de los cuales cada uno constituyó, por sí; la gloria de los oradores más célebres de la antigüedad, á saber: la dialéctica de Esquines, la energia de Demóstenes, la gravedad de Hortensio, la uncion de Tulio, la sal y donaire de Focion; brillando su elocuencia al par de todas, y en todos los estilos. En el Parlamento; es O'Connell un orador de extensas miras, fecundo en expedientes oportunos, dotado de nobles senti-

mientos; majestuoso, en el decir; que penetra, con singular tino; los más hondos arcanos, que ofrecer puede la ciencia del estadista: á cuya voz; se estremecen, de rabia; sus adversarios; y, forzados á darle la razon; se confiesan, vencidos: jamás sube á la tribuna, sin cautivar la atencion de cuantos le oye; jamás vuelve á su silla, sin dejar huella profunda del tiro que dirigió! En el foro; es el abogado; el jurista, más hábil y más versado; en el conocimiento del insondable caos de las leyes inglesas; que, penetrando, cumplidamente; su espíritu; las interpreta, las confronta, las concilia; las aplica, siempre; con una oportunidad maravillosa, en sus expresiones; y deduce de ellas, las conclusiones más ventajosas: para el buen éxito de su causa! En las juntas populares; es, un orador vivo; fogoso, implacable; osado y franco; á la vez que festivo, y terrible! Identificase, con el pueblo; y, adoptando el lenguaje y afectos de las masas, que conmueve, y que agita; las eleva, hasta sí; y, dóciles á su voz; las arrastra! Dueño de sus impresiones; posee todos los artificios, todos los recursos de la palabra: Y, así; tomando sucesivamente, á su capricho; ya, el estilo patético de la elegía; ya, el tono piadoso del salmo; ora, la acritud de la sátira; ora, la dulzura de la fábula: es tremendo, como un rayo; imponente, cual un legislador; ó inspirado, cual un profeta! Nadie ha sabido, mejor que O'Connell; excitar las pasiones populares, y contenerlas; halagar al pueblo; corrigiéndole, á la par; recordarle, las verdades más duras; y hacérselas saborear, y amar; solo, por el tono; con que fueron dichas: no; la historia no nos presenta ejemplo alguno, de orador más completo, fogoso, variado, original; ni más fecundo, ni más vivo ni más poderoso!

Á juzgar, por las apariencias; podría creerse, que debió Daniel sus victorias y su imperio; á esa elocuencia; en que, nunca jamás; tuvo modelo, ni tendrá imitador: muy otra, sin embargo; fué la causa. La sabia antigüedad ha definido al verdadero orador, con estas palabras: «El hombre de bien, elocuente;» porque, así como la probidad, sin la elocuencia; es impotente, para la práctica del bien; así, la elocuencia, sin la probidad; es funesta: porque solo sirve; para derribar estados, y revolver pueblos! Si, por medio de su elocuencia; logró Daniel O'Con-

nell hacer feliz á su pueblo, y afianzar el Estado; lo debió á que supo unir, como ciudadano cristiano; á la gracia y energia de la palabra, la virtud y sanidad de la vida; y para conseguir el triunfo de la libertad, valerse del exacto cumplimiento de las reglas que impone nuestra religion.

¿Qué hombre fué nunca, más que él; adicto á los diversos deberes de hijo, de esposo, de padre, de ciudadano? ¿Qué cristiano, más fiel á las leyes de Dios y de la Iglesia? Pero ya sé lo que vais á recordarme: sí; es verdad que, un dia; O'Connell, faltando á las leyes de Dios y de la Iglesia; tomó parte en un duelo; y tuvo la desgracia de matar á su adversario. Esto es cierto: pero yo podría decir, que su adversario era un asesino; á quien el apuntamiento «orangista» de Dublin, impacientemente por deshacerse del gran defensor de la causa católica; habia enviado á provocar á nuestro jóven héroe; con cuya inmolacion contaba, de seguro; pues D'Esterre (asi se llamaba aquel malvado!) era diestro en la esgrima, y sus golpes siempre certeros. Yo podría decir, tambien; que, por largo tiempo y mientras conservó su presencia de ánimo; O'Connell, á fin de no quebrantar los deberes de hombre y de cristiano; sólo respondió con el desprecio á tan vergonzoso reto; con que arrastraba el fanatismo orangista á morir combatiendo, al hombre á quien nunca habia podido arrollar en la palestra de la razon y del derecho. Yo podría añadir, que aquel vil asesino le acechaba en todas partes, le cubria de improperios y afrentas, y le perseguía con sus amenazas; al grado de tener O'Connell que ocuparse de continuo en su propia defensa, y rodearse de hombres armados. Yo podría decir, por último; que D'Esterre era el Goliath de esos modernos filisteos; y el enemigo más encarnizado, más formidable de la fe romana; que cifraba su triste gloria en insultar al débil ejército de Israel: y que O'Connell, en un rapto de ilusion religiosa; pudo creerse, que la mano de Dios le elegia, como á un nuevo David; para vengar el oprobio de su pueblo; que, en un rapto de impaciencia, de ira, ó de resentimiento caballeresco; excitado por tan perseverantes y tan cobardes provocaciones: cedió á los impulsos que nacen de un falso pundonor y de un celo mal entendido; y que, eclipsada de esta manera su razon; entró en la lid de

que Dios, por su infinita misericordia; tuvo a bien velar sobre los días del «hombre de Irlanda y de la Iglesia; permitiendo, que la víctima inmolase al verdugo. Hé, aquí; todo lo que podría decirnos, si ya no para disculpar a mi héroe; al menos, para atenuar su falta: pero ¡guardame el cielo de que, ministro de una religion de paz; y en presencia de la divina víctima que derramó su sangre, para que no se derrame la sangre de los hombres: me atreva yo á defender un delito, que condenan, tanto la ley natural como la evangélica! ¡guardame el cielo de proteger con mi palabra una costumbre, insensata al par que bárbara; costumbre que pretende, con la exactitud de la vista ó con el vigor del brazo; probar la inocencia del corazon! ¡guardame el cielo de disculpar una preocupación indisculpable; que pretende honrarse con el homicidio, lavar una mancha efímera con sangre y que con tanta justicia califica la Iglesia de satánica preocupación! Antes bien; digo, que O'Connell fué culpable, y muy culpable: en aceptar un duelo: más, sabida una vez la falta, escuchad ahora la penitencia.

Pasado aquel paraisimo, hijo de la fiebre del honor mundano y de un falso celo religioso; la razon y la fe recobraron su imperio en el alma de O'Connell: á tal extremo le affligió su triste victoria, que nunca pensó en ella sin gemir y temblar; y, ante Dios; hizo voto solemne de no aceptar jamás; y, aun ménos; provocar el cruel ó insensato juicio de las armas. Cada vez que, al rechazar, horrorizado; las provocaciones que le hacian ¡muy frecuentes, sin duda: en la vida de un hombre; que, para defender su gran causa; irritaba infinitud de pasiones, atrayéndose necesariamente multitud de enemigos: le trataban de infame y de cobarde: «Dios mio, exclamaba; haz, que sirvan estos ultrajes y afrentas que sufro, para expiación de la sangre que derramé; y cual nuevo David; antes cesó de respirar, que de arrepentirse y de llorar amargamente su pecado.

Decidme ¿que hombre tuvo más piedad, más devoción que él? Rodeado de las infinitas ocupaciones de su apostolado político; y obligado á meditar sobre los medios de sostener, él solo; á todo un gran pueblo, y de luchar con otro mucho más poderoso todavía: no dejó nunca de asistir diariamente al santo sacrificio de la Misa; y de acercarse una ó

más veces, en la semana; al tribunal de la penitencia, y á la mesa eucarística. ¿Quién respeta el nombre de Dios, con veneración más santa? ¡Ay del que hubiera osado, ante Daniel, pronunciarlo sin el respeto que se merece! Pero, sobre todo ¿quién fué tan tirano, para con la Reina de los cielos; y tan celoso, en propagar su culto? Hablaba de ella al pueblo, como de su madre; y fué ensalzado su nombre por la fama, aquel día que, impellido por un afecto extraordinario de devoción y ternura hacia María; pronunció su elogio en presencia de más de cien mil personas, tanto católicas como protestantes. Aquella muchedumbre, arrebatada y suspendida de sus labios; creyó oír á un Doctor, á un Padre de la Iglesia: enumerar las glorias y cantar un himno, en alabanza de la Madre de Dios! Despues de esta célebre arenga, que debía abrir á los católicos las puertas del Parlamento; y mientras que los más célebres oradores se enardecían en aquel gran debate; en ese momento terrible, de que dependía la libertad ó la esclavitud de Irlanda: O'Connell, retirado en un rincón de la sala; rezaba el rosario en loor de la Virgen, victoriosa de todas las heregias. ¡Ah! El habia puesto la gran causa de la emancipación, bajo la tutela de esa gran Señora; de la protección de ésta, más bien que de sus propios esfuerzos, esperaba el triunfo; y, una vez obtenido; atribuyó, entera, y sin reserva; toda la gloria á la poderosa intercesión que habia invocado.

¡Qué espectáculo tan dulce y tan conmovedor no era, él; ver al hombre más grande del Reino Unido, al vengador del Catolicismo, al azote de la heregia, al personaje más obedecido de Irlanda, más temido de Inglaterra, más admirado del orbe; confundido en la Iglesia con el pueblo, á tomar parte en sus prácticas piadosas con esa humildad, con ese recogimiento, con esa modestia, cuyas demostraciones la ciencia orgullosa y la grandeza altanera abandonan, tan á menudo; á los hombres que tienen por los últimos de todos!

No se limitó Daniel O'Connell á poner su fe, de manifiesto; tan solo cuando, introducida por él mismo; penetró la religion católica en el Parlamento, hasta en la cámara Real; y, como una reina; pudo exigir los homenajes de todo lo más granado y respetable de Inglaterra; sino que, durante la época en la cual; privada todavía de sus

derechos esta religion santa; era acogida únicamente, con la indiferencia y con el desprecio que una infeliz proscria; lejos de avergonzarse, entonces; de pasar por católico; á título de gloria, lo tuvo siempre; pues nunca se presentó en la Corte, sin llevar consigo á un sacerdote de su religion; el que le acompañaba en todas ocasiones; á todas partes; ni tomó asiento nunca en un banco político, donde se veían, indistintamente mezclados con católicos; á hereges de todas sectas y opiniones; sin que su sacerdote, al que cedió siempre el lugar preferente; hubiese, antes, bendecido la mesa del festin. En las congregaciones públicas; hacia consistir parte de su gloria, en dar á conocer con sus palabras, y con sus actos; su adhesión á la fe romana. Y, con efecto; él ocultar su creencia en la verdadera fe, tanto como el sonrojarse de cumplir públicamente con sus preceptos; no es otra cosa que una debilidad, ó mejor dicho; es la mayor de todas las debilidades: hé, aquí; por qué se encuentra, comunmente, en las almas mezquinas, en los espíritus débiles, entre las mujeres y entre los jóvenes; pues el talento verdadero fué siempre verdaderamente religioso, y se complació en aparecer como tal; porque, en su pecho, no cupo nunca la cobardía del respeto humano.

Más ¿qué podré decirnos; sobre el amor de ese gran cristiano, hacia el clero Irlandés? de hecho; rey de Irlanda, y árbitro del corazon y de los brazos de ocho millones de hombres, que, cual hijos suyos; solo le aguardaban una señal para obedecerle; verdadero campeon y sosten de la Iglesia católica, que le debió su mayor gloria y su libertad, nunca salió del círculo de una humilde sumisión á su obispo, y á su párroco; al frente de todos, como personaje político; se creía, como hombre religioso; el último de todos; y, semejante á un nuevo Constantino; cuando se le citaba á las sesiones del clero para que manifestara sus designios; y diera sus consejos; sobre las materias que atañían á la defensa de la Religion y de la libertad; apenas consentía en aceptar, para sí; ni aún el último puesto. Pronto á lanzarse como un leon, sobre el que hubiera osado faltar, de palabras; al respeto debido á los sacerdotes; él mismo daba constantes pruebas del grado acatamiento que le merecía esta clase venerabilis: tan ilustré, por sus persecuciones;

como por su doctrina y sus virtudes; y á la que miraba, no ya como una reunión de hombres; si, como una congregación de santos, un colegio de mártires: hablaba siempre de ellos, con el mayor aprecio, con el más tierno cariño; y si queria fundarse en alguna razon; para alejar al pueblo de las sociedades secretas: «Nuestro clero, decía; las prohibe; y ¿habría, entre vosotros; alguno que se atreviese á desobedecer á ese clero tan sabio, tan bueno, tan generoso, tan ejemplar?»

Las órdenes religiosas, esos institutos tan benéficos á la Religion y la verdadera civilización; fueron, tambien, con frecuencia; asuntos de sus discursos públicos; de sus magníficos elogios; así como lo eran de su ferviente amor: arrancaba Daniel torrentes de lágrimas á su inmenso auditorio, cada vez que les presentaba aquellos días de felicidad; en que se hallaba Irlanda sembrada de tantos monasterios; que fueron templos de oración, escuelas de santidad, asilos de doctrina, refugio de pobres; y lo adquirieron el glorioso nombre de *Isla de los Santos*. La elocuencia de O'Connell era siempre más enérgica, más impetuosa, más patética; á medida que estos recuerdos le arrastraban, de pronto; á comparar á la Irlanda de hoy, espirando de hambre, bajo el yugo de un protestantismo inhumano; con la Irlanda de mejores días; independiente, fuerte, rica y feliz; con la protección de sus numerosos monasterios; y, bajo su dirección; encaminada por las sendas de la virtud y de la verdadera sabiduría; así conservaba siempre despierto, en el ánimo del pueblo; el instinto de la nacionalidad y del amor, hacia una patria; poco há, tan grande y tan santa, ahora, tan infeliz; y, así tambien; excitaba siempre un amoroso reconocimiento, hacia la fe católica; único manantial de las pasadas glorias de Irlanda; y el único alivio, el único remedio que le quedaba; en los males presentes.

Pero lo que es inconcebible, y superior á todo encomio: es el celo de nuestro héroe, por esa misma religion: todo lo abandonaba, todo lo sacrificaba; por serviría, ó por defenderla: á él acudían los pobres párrocos, los ayuntamientos, las poblaciones faltas de recursos que necesitaban una Iglesia; y con su prodigiosa actividad; y con su elocuencia; hablaba Daniel, sin tardanza; medios de construirles templos bellos, y un espacio-

sos. En vano meditaba el anglicanismo, en sus consejos; cambiando de táctica; sin ceñir, no obstante; un ápice de su odio entrañable, hacia los católicos; vencer con la astucia, á los que no habia podido arrodrear con el martirio: O'Connell velaba sobre ellos, sin descanso; siempre dispuesto, con el mismo arrojo; para quitar la máscara, y luchar con las insidias artes de los herejes; quienes, aunque ya cubiertos con el manto de la hipocresía; no eran, sin embargo; ni ménos firmes, en perseguirlos; ni ménos constantes, en aborrecerlos. ¡Qué no hizo! ¡qué no dijo, en sus escritos y discursos! ¡cuantos combates no le costaron, hasta el último día de su vida; aquellas dos leyes, de famosa y triste recordación; que abandonan, la una; los piadosos legados hechos á la Iglesia católica, y sus rentas; la otra, los colegios y la educación de la juventud católica; á la inspección, á la dirección; ó, por mejor decir, al dominio de los protestantes! Pero, si la debilidad y los errores de algunos miembros del clero católico; han venido, por desgracia; en apoyo de esas dos leyes funestas; tal es el descrédito á que las ha condensado la elocuencia de O'Connell, tales golpes ha descargado sobre ellas; que, como heridas de muerte, al nacer; morirán, del todo; en medio de las transformaciones que, por fuerza; tendrán que sufrir; tarde ó temprano.

Si osaba alguno insultarle, en voz baja, con el tono sacrilego de otras épocas; llamándole *papista*; volvíase, al punto; Daniel; y replicábale, denodadamente: «¡Miserable! tú piensas, que me humillas con llamarme *papista*; y, sin embargo; llamándome así, me honras; si; yo soy papista, y fundo mi gloria en serlo; yo soy papista; lo cual quiere decir, que mi fe, por una serie de papas no interrumpida; alcanza hasta Jesucristo; mientras la tuya no va más allá de Isabel, Enrique, Calvino, Lutero. Si ¡yo soy en verdad papista! Si tuvieras, menguado; alguna chipsa de discernimiento, ¿cómo dejarías de comprender, que, en materias de religión; vale más ser súbdito del Papa que del Rey, depender de la tiara que de la corona, del baculo que del sable, de la sotana que de la saya, de los Concilios que de los Parlamientos? Avergüénzate, tú solo; porque no tienes ni verdadera fe, ni inteligencia; cállate, pues; insensato.»

¿Qué podremos añadir á lo que ya llevamos dicho? La defensa de los dogmas, ceremonias y disciplina de la Iglesia católica; era el tema predilecto de sus arengas públicas; y de sus discursos privados. Ved, si no; cómo, en cierta ocasión; partió de Londres un enjambre de biblistas, con el único objeto de inocular, en Irlanda; un nuevo protestantismo; y, habiendo aquellos sectarios ido á parar al centro de una gran junta del pueblo; prorumpieron en invectivas violentas, en injurias groseras y sacrilegos sarcasmos; contra todo lo que encierra de más augusto y de más venerable, la religión católica: mas, de repente; se aparece Daniel, como un espectro que viene á helar, de espanto; á tan miserables predicadores. Pero ¿qué es lo que llama al lego á una congregación de eclesiásticos? ¿Qué conduce al jurista al sitio en que se discute sobre religión? ¡Ah! si O'Connell es ciudadano, también es cristiano; y si ama á su patria, aún ama todavía más la religión católica; así como, en una guerra de invasión; todo hombre es soldado; así, cuando se ve atacada la fe; todo cristiano es apologeta. En aquella hora solemne; la palabra de O'Connell no es ya, la palabra de un legista; si, la de un doctor; ya no es Daniel un abogado, hecho á respirar en la revuelta atmósfera del foro; es un Antonio, un Atanasio; que acaba de abandonar su soledad; ó de meditar, prostrado á los pies de un crucifijo: cada uno de sus pensamientos brilla como un relampago; cada palabra suya es una idea; cada argumento suyo, un golpe mortal. No, jamás se vieron los cuatro distintivos de la verdadera Iglesia, demostrados con pruebas más fuertes; con una exposición más grandiosa, con una elocución más enérgica; no, jamás el origen vergonzoso de la reforma, el humor salvaje de su autor, los extravíos de sus apóstoles, las blasfemias y contradicciones de su doctrina, la bajeza de sus arterias, la falsedad de sus promesas, la torpeza de sus intenciones, la multitud de sus rapinas, la ferocidad de sus matanzas, el horror de sus sacrilegios; los males inmensos que acumuló, en las más bellas regiones de Europa; jamás, repito; se vieron pintados con más vivos colores, con pinceladas más valientes, con tal riqueza de imágenes, con una lógica más robusta, con igual magnificencia de estilo.

Imposible sería describir el efecto que

produjo aquella famosa arenga, en el ánimo de cuantos la oyeron: bástanos decir, que los corifeos del error, confundidos, derrotados, reducidos al silencio; é impresa, en la frente, la vergüenza; el despecho y la rabia, en el corazón; entre el júbilo de los católicos, la confusión de los protestantes y la risa general; salieron, de noche, para Londres; desandando el camino que habian adelantado, la vispera. ¡Qué bella victorial! El nuevo Daniel ha vencido y arrancado la máscara á los pérfidos viejos de la heregía; tan arrojados, que acusaban á la hermosa y casta Susana de la verdadera fe; de las torpezas, que ellos mismos cometían!

Estas escenas y otras semejantes se repitieron, á menudo; no solo en Irlanda, sino tambien en Inglaterra; no solo en las juntas privadas, sino tambien en público; hasta en el Parlamento. Si alguno se atrevía á pronunciar, allí; en presencia de O'Connell; una palabra, contra la fe católica; podía estar seguro de verse aniquilado por su atrozadora voz, por su vasta erudición, por su amarga ironía: así es, que, cara á cara con aquel hombre terrible; pues tal acostumbaban llamarle; la heregía permaneció siempre muda, siempre respetuosa, y nunca osó, de nuevo; prodigar insultos á la fe romana. Hé, aquí; el origen de esa palabra; tan sencilla como discreta y profundamente gloriosa, con que saludaban los buenos de los Irlandeses á Daniel O'Connell; llamándole *nuestro hombre*; pues, con esto; no significan únicamente, que O'Connell era el defensor de su patria y de sus derechos; sino, además; el sosten, el vengador, el orgullo de su religión; hé aquí, tambien; el origen de esa confianza ilimitada que le manifestaban, la causa de la ternura con que le amaban, del inmenso imperio que sobre ellos ejercía.

Habia atraído á Daniel ese celo generoso, arrojado, inteligente; con que profesaba la Religión, y del cual se servía para defenderla; las simpatías y el respeto de los más sabios, entre los protestantes ingleses; pues se halla, en el carácter de este pueblo; un elemento de justicia y de dignidad, un instinto religioso; que, cuando no lo falsean las preocupaciones y el fanatismo de las sectas; lo mueve á honrar y respetar toda conciencia sinceramente religiosa, toda convicción noble; así como le hace aborrecibles, la impiedad y la incredulidad.

Léjos de parecerse á un pueblo corrompido, é impío; todo pueblo religioso y moral está dotado de un sano juicio; que jamás le induce á inclinarse, ante un gran talento; sino en cuanto le ve, primero; humildemente postrado ante su Criador; porque ese pueblo solo ama, y solo respeta á la grandeza que se anouda ante Dios; solo obedece, solo se rinde á la elocuencia de un discurso; cuando las palabras de éste han sido vertidas por una boca religiosa, y citadas por un corazón puro; y el poder público, á medida que se humilla ante Dios; puede estar seguro de elevarse, en la opinión y en el amor del pueblo; y de ver, diariamente; crecer sus fuerzas y su autoridad.

Pero la creación más grande, más asombrosa del talento de O'Connell; fue, sin duda; la *Asociación católica*. Los hombres de corto alcance; que no juzgan posible obtener grandes resultados, empleando tan solo reducidos medios; hicieron bafa del pensamiento de O'Connell; quien pretendía, con una suscripción de dos óbolos mensuales; vencer á la potencia británica, que encerraba los tesoros del mundo entero; mas, con todo; los hechos demostraron, que esa asociación; á los principios, tan débil, tan insignificante; era la gran máquina de guerra, el tremendo ariete que debía batir la ciudadela del despotismo herético; y facilitar, al cabo, su conquista.

Aquella asociación; constituida, no bajo las sombras del misterio; sino, á cielo descubierto; no con infracción de la ley, sino en cabal armonía con ella; extendió rápidamente sus ramas, por todas las clases de la sociedad civil; penetró en los lugares más apartados; unió, no solo á los católicos; abrasados por el celo religioso, y el amor á la patria; sino tambien, entre los protestantes; á todos los enemigos sinceros de la libertad de conciencia: semejante á las asociaciones de los primeros tiempos de la Iglesia; formó, por decirlo así; otro estado en el Estado; sin alterar su reposo, en lo más mínimo. Sus jefes, como en aquellas épocas el clero; fueron los verdaderos representantes, los verdaderos reyes del pueblo; y formaron un verdadero poder soberano; que, no estando autorizado por el derecho; no fué, sin embargo; ménos robusto, con la libre adhesión del pueblo; y, de hecho; se apoderó en Irlanda; de las riendas del gobierno. Ese poder discute las leyes

propuestas al Parlamento; y aprobando unas, y condenando otras: vela, sobre las elecciones; hace admitir á este miembro, y desochar al otro de la representación nacional; examina las listas electorales, y borra de ellas los nombres de Orangistas inscritos fraudulentamente; paga por los desgraciados que en una cárcel gimen, sin poder satisfacer sus deudas; volviéndoles la libertad; abraza, en suma; la defensa de los oprimidos; forzando á los tribunales á administrarles la debida justicia.

Jamás ejerció gobierno alguno, con ménos fatiga, un poder mas extenso; jamás hombre de Estado puso cima á un proyecto mas vasto y formidable; jamás unió, con tan buen éxito; el talento político á una masa de algunos millones de hombres; manteniéndolos en el terreno de la legalidad y del deber. Fácil sería pensar, que si O'Connell, por medio de esa asociación, que le llamaba su jefe; reinó, de hecho; en Irlanda; debió á la misma, también; su triunfo: ¡pero, no! O'Connell triunfó únicamente, porque se sirvió de las doctrinas que enseñó nuestra Religión.

Lo cierto es, que fuera de la doctrina católica; existen dos sistemas, para remediar la opresion y la tiranía: el uno, aconseja que se sufran, con una apatía brutal; el otro, que se rechacen con la fuerza: os manda el uno, que dobleis la cerviz bajo su yugo; como un esclavo; os manda el otro, que os subleveis contra la autoridad; cual un rebelde. Llamam al primero, *sistema de la obediencia pasiva*; al segundo, de la *resistencia activa*: aquél es el sistema del fanatismo musulmán; éste, del racionalismo herético; más, ¡ay de mí! ¿no son peores dichos remedios, que los males que se pretenden cortar con su ayuda?

Deja el sistema de la «obediencia pasiva», ó de una resignacion inerte á todo lo que el poder quiere exigir del pueblo; entregados á la arbitrariedad del tirano, no solo el honor y la vida del súbdito; sino tambien su inteligencia, su corazon, su conciencia, su razon, su voluntad: todo cuanto el hombre abraza, en su pecho; de más íntimo, de más noble, de más sano, y de más inalienable, y de más independiente, y de más digno de su naturaleza; en una palabra, todo aquello que completa al hombre: lo degrada, pues; hasta convertirle en una bes-

tia, sometida siempre al antojo de quien la posee; no quedándole de ente humano más que la forma; como quiera que, en ésta misma; no se descubre, ya; ni la divinidad de su origen, ni la superioridad de su esencia.

Que se malogre, ó que triunfe; el sistema de la «resistencia activa», ó de la sedicion; es, al cabo; igualmente funesto. Si triunfa; sólo cambia, por lo comun, á las personas, sin alterar, no obstante; el orden de las cosas; vense los mismos partidos, representados por otros hombres; mas continúa su marcha el drama de la opresion: truécase el esclavo en tirano, tórnanse el tirano esclavo; y ved ahí, de ordinario; el desenlace. La soberanía de todos es la servidumbre de todos, en provecho de unos cuantos; y, si tal movimiento produce alguna ventaja; es, siempre; despues de transcurrido largo tiempo; cuando ha costado la vida á sus autores; cuando, por fin; se borra enteramente, la huella de las pasiones que lo hicieron triunfar.

¡Desventurado del pueblo, si su tentativa es infructuosa! Ofendido el orgullo de la tiranía; nada respeta, ya; lo que, antes, hacia tan solo, por capricho; juzgase, ahora; en el caso de hacerlo, por deber: ella oprime, para satisfacer un instinto de su naturaleza; mas, desde hoy; lo hará, movida por la necesidad de atender á su propia conservacion; múdase en odio su desconfianza; su odio, en furor: menospreciadas las formas judiciales; castigase cada pensamiento, como un atentado; cada palabra, como una rebelion; repútese por crímenes, el talento, la riqueza, la virtud; condénase, sin mas prueba que una simple sospecha; aumentase el peso de los grillos; multiplíquese el número de las cadenas; vuélvase, por último; los aduladores, mas insolentes; los satélites, mas viles; los verdugos, más bárbaros; el despotismo más cruel; la persecucion, más implacable.

Entre estos dos sistemas; que; por vias tan opuestas; conducen al mismo resultado; es decir, á la esclavitud y á la ruina del pueblo: aparece el sistema católico, que, condenando la sedicion y los desórdenes; enseña á no oponer á la opresion; sobre todo, en materias religiosas; mas que la *resistencia pasiva*, y la *obediencia activa*.

Con la *resistencia pasiva*; rebusa el súbdito obedecer el mandato del hombre, cuando perjudica á los derechos de la con-

ciencia y de la ley de Dios; pero lo rebusa *parativamente*; esto es: sufriendo, sin emplear la fuerza material; el honroso castigo de su confesion; pues Jesucristo ha dicho: «El que, á hierro; pretenda rebazar la «opresion religiosa; á hierro, perecerá.» Porque, para luchar con la persecucion religiosa; es necesario emplear, no las fuerzas del cuerpo; sino el ardimento y la virtud del alma: en una guerra espiritual, no deben elegirse las armas materiales; con cuyo auxilio fácil es perecer, despues de la victoria; sino las armas espirituales, é invisibles: la constancia, en la fe, la dulzura, la paciencia, la oracion; armas cuyo triunfo es tan seguro, cuanto es noble y cristiano su empleo. Más fácil es, cuando se trata de confesar la verdadera fé, derrotar al perseguidor, dándole nuestra sangre; que tratar de verter la suya. El morir, desde su tumba; es más terrible, para el tirano; que el rebelde que, á mano armada; le arrostra, en el campo de batalla: el que sufre es más fuerte que el que resiste; el que se deja maltratar, que el que devuelve los golpes, el cristiano que sucumbe, que el sedicioso que triunfa. Hijos del Calvario; multiplíquense los cristianos, á proporcion que los diezmaran; resucitan, con la muerte, y triunfan, con la humillacion; y, al paso que ganan, para sí; en el cielo, una corona inmortal, añazan el imperio de la Iglesia; y, en la tierra; le aseguran una victoria infalible: la antigua Roma cristiana y la nueva Irlanda católica, os ofrecen un testimonio irrefragable de la verdad y del triunfo de la anterior doctrina.

Mas no olvidemos; que, al prescribir, contra el poder opresor de la conciencia y de la verdadera fe; la *resistencia pasiva*; el precepto católico enseña, tambien; la doctrina de la *obediencia activa*: mientras, que manda se resista sufriendo; permite, tambien; que se obedezca obrando; á fin de substraerse á la injusticia. Es decir, que, si bien el precepto católico reprueba la rebelion; no, sin embargo, prohíbe la accion: él no quiere, que se emplee la fuerza, cual medio de resistencia; mas no prohibe se reclame, por las vias de la legalidad y la justicia: pretendiendo, que respete el súbdito los derechos del poder; no exige, que renuncie á sus propios derechos. Es mismo S. Pablo, que tanto predicó la obediencia al poder legitimo; como al orden establecido por Dios; no ha

dejado, con todo; de apelar al César de la injusta tiranía de un tribunal subalterno; no ha dejado de reclamar sus derechos y privilegios de ciudadano romano. Acontece, pues; que, al exigir la Iglesia católica la resignacion, por parte de los súbditos oprimidos; no entiende, que renuncian á su dignidad humana; y, como objetos inanimados; se abandonen á los sanguinarios caprichos de la tiranía: recoméndales, por el contrario; que á la razon sumisa del súbdito; unan la sumision racional; que es propia de hombres; y asegurando al poder, de la manera dicha; la obediencia; no sanciona el sistema católico, como legitima; la opresion; aunque permite, no obstante; el reclamar contra ella, conciliando la dignidad del hombre con el orden de la sociedad civil.

Esa doctrina sublime, hija del Cristianismo; es, pues; la única sabia, la única provechosa; porque; es tambien; la única verdadera; y, como tal; la confesó nuestro Daniel, en sus discursos; y la sostuvo, por medio de sus actos; inspirándola, inculcándola, imprimiéndola profundamente; en el corazon de su pueblo. No cesaba de repetir, en todas sus arengas; estas grandes máximas; que, en las circunstancias de hoy día; caros Romanos; encomiendan fervorosamente á vuestra meditacion: «El que recurre á la fuerza es indigno de la libertad; el rebelde á la ley es «traidor á su patria; y el que se inclina á la «resistencia os expone á perecer; el que «os predica la insurreccion, mide una traicion contra vosotros; huidle, pues; arrestadle, entregadle á la autoridad; para que le castigue. Irlandeses; el espectáculo mas «grato, para los enemigos de vuestra fe; sería el veros quebrantar vuestras leyes: nada apeteceis vuestros opresores, como «veros tomar las armas; y oros procurrir «en gritos de sedicion, contra la autoridad; «pues, llegado en ese caso; tendrían nuevos «pretextos para oprimiros, y con más «dureza. El día que Irlanda apele á la fuerza, «perderá toda la esperanza de reconquistar «su libertad.» Exclama Daniel, en otras ocasiones: «Irlandeses; jamás «vuestro «tra patria? — Si, respondianle todos. — Pues bien; si es cierto, que la amis; rechazad desórdenes, tumultos, sociedades «secretas; tramas y conspiraciones, contra «la autoridad establecida.»

Antejóse una vez; á los demagogos de un pais vecino, el enviar al Libertador una diputación; para ofrecerle su auxilio, en defensa de la libertad de Irlanda; pero Daniel les dió la siguiente respuesta: «No os inquieteis. Fautores de revoluciones; no existe ninguna semejanza, entre vuestras ideas y las nuestras; que respiran órden y legalidad; vosotros empleais vuestro tiempo en derribar los tronos; y no podéis, de ese modo; ser bienhechores del pueblo. Enemigos de la religión, jamás podréis vosotros auxiliar sinceramente la causa de la libertad.»

Con toda la fuerza de su elocuencia, con todo el peso de su autoridad; insinúa y recomienda O'Connell la obediencia á las leyes más injustas, el respeto al poder más opresor; sin dejar de excitar, al mismo paso; la energía del pueblo; á fin de que proteste contra la injusticia de las leyes, y opresion del poder. Mientras defiende con una voz de trueno; la adopcion de los recursos legales; no cesa nunca de agitar y de mantener viva, en el alma de ese pueblo; envilecido por una servidumbre de trescientos años; la noción de su propia dignidad é independencia. «Sufrid, les decía; pero reclamad; obedeced, pero solicitad; sed súbditos fieles, pero sin renunciar á ser cristianos generosos; sed, en fin; siempre subordinados; pero degradados; cobardes, nunca.»

Sostenía Daniel, con su ejemplo; estas lecciones; y ¡cosa inaudita! en el espacio de cuarenta años, durante los cuales estuvo agitado por él un pueblo entero; nunca se le sorprendió, en tan continuada lucha; obrando, fuera de los límites legales; ó en contravención á la ley; pues jamás fué culpable del más pequeño atentado, contra el órden; de una palabra imprudente; de una sola expresión que no excitara al respeto, hacia el soberano.

Para condenar, una vez sola; al nuevo Nabot; preciso fué, que la heregia; verdadera Jezabel; hiciese calumniar al hombre; que no podía, ni aún acusar siquiera; que, por medio de la corrupción; buscasen testigos, entre los hijos de Belial, y que influyese, á su albedrío; en la elección de los jurados; á fin de hallar, no jueces; sino cómplices de su injusticia y de su opresion; no hallando aquellos miserables; sin embargo de su vergonzoso interés é infernal solicitud; en

inmolar á O'Connell, con alguna sombra de justicia; ni una palabra, ni un solo hecho ilegal; en la conducta de nuestro héroe: se vieron precisados á fundar su inicua sentencia, en una suposicion gratuita; en una tendencia, en un pensamiento. A tal grado es cierto lo que antecede; que, al ir á pronunciar el fallo; el mismo presidente de aquel inicuo tribunal, agitado por la confusión y los remordimientos; no pudo contener sus lágrimas; si; aquella sentencia fué inicua, tan conociendo inicua; que la cámara de los Pares, á la que se apeló de ella; no obstante su arraigada enemistad contra O'Connell, á quien consideraba su enemigo más encarnizado; su azote, en una palabra; movida por uno de esos rasgos de justicia; que tanto la han elevado, en la opinión y estimacion del mundo; no titubó, en declararle inocente. Y, mientras duró su proceso; Daniel, como S. Pablo; sólo hablaba á sus conciudadanos, para recomendarles se mostraran dignos amigos, dignos hijos suyos; poniendo en práctica la dulzura y la paciencia; respetando aquella misma autoridad; que le habia privado de su libertad, con manifiesta injusticia. Decíale: «Os ruego yo, encadenado por el Señor, que os portéis dignamente; con mansedumbre, y paciencia.» De suerte; que toda la conducta de ese hombre extraordinario ha sido el modelo, el «código»; formado, para la hora de la opresion; y destinado, para los oprimidos.

A la vez que, por un lado, impugnaba las homicidas teorías de los cartistas turbulentos; por otro, mostraba O'Connell; cuán dura es la sumision servil, á una aristocracia usurpadora; mientras detenia, con una mano; al pueblo, para que no se precipitase al abismo de la sediccion; enseñábase, con la otra; cuánta ignominia proviene de inclinar la cabeza; enmudecido, bajo un yugo opresor y tiránico. Así convirtió á los irlandeses en un pueblo, como cristiano; fiel, y escrupuloso observador de sus deberes; como pueblo de ciudadanos; celoso, y entusiasta de sus derechos; así consiguió mantenerlo, dentro de los límites de la subordinación; y que, á un tiempo; se desarrollasen; la nobleza de su carácter; y la grandeza de su alma; así, tambien; elevó á las clases más abyectas y oscuras; hasta hacerlas palpar, cuánta sublimidad entraña el cumplimiento de los propios deberes; y, entre esos hombres; ge-

neralizó la propiedad cívica; vulgarizando el heroismo cristiano. Dirigidos por O'Connell; llegaron á ser los Irlandeses, un pueblo modelo, por el grado digno de la admiración y amor de todos los pueblos; tanto, por haber sostenido; cuarenta años; una lucha legítima, legal, pacífica; sin violar ningún derecho; ni propasarse nunca; en el desempeño de sus obligaciones; como, por haber acometido, así; con firme paso; la conquista de la libertad religiosa y civil; manifestando igual horror, hacia la servidumbre religiosa de la heregia; única, que puede hacer soportable á la servidumbre política; y hacia las sangrientas crueldades de la anarquía; que, con harta frecuencia; conducen á los pueblos ilusos, no á conquistar la libertad; sino á caer, de nuevo; sin esperanza, y con doble envilecimiento; en brazos de la tiranía. Esto hizo O'Connell; reveló la doctrina católica de la «resistencia pasiva», y de la «obediencia activa»; practicándola; y, á la vez; demostró, con su radiante ejemplo; la verdad de los principios de aquella, la importancia de su aplicacion y la seguridad de su triunfo. De este modo; mereció el aprecio del soberano y del pueblo, de la Religión y de la patria, de la Iglesia y de la humana sociedad.

Valióse O'Connell de otros medios, para triunfar de la injusticia de la heregia; que fueron, su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, su prodigiosa firmeza, su infatigable actividad: he llamado vuestra atencion, primero, sobre su conocimiento profundo de los hombres, y de las cosas.

Jamás se equivocó Daniel, en sus conjeturas; jamas se desgraciaron sus proyectos: hoy; predice lo que sucederá, de aquí á diez años; y los acontecimientos justifican, al fin; de todo punto, la verdad de sus predicciones. Verifícase cuanto preve, lógrase cuanto aconseja, realizase cuanto emprendió; de forma, que se habia adquirido la reputacion del hombre de ojoada más segura, de tacto más delicado, de penetracion más profunda, de expedientes más felices; para dar cima á los mas árduos negocios.

He mencionado, tambien; su prodigiosa firmeza. Como no existió nunca hombre alguno capaz de arriesgarse á empresa tan grandiosa, tan noble y tan aventurada como la de O'Connell; tampoco se vió jamás á nadie, que fuese blanco de ataques tan

frecuentes, de una persecucion tan duradera: por cuarenta años; empleáronse, contra él; insultos y calumnias; sarcasmos y blasfemias, sátiras y procesos, promesas y amenazas, traiciones y apostasias; aún la cárcel; pero, en balde; fué todo; no obstante la horrosa perseverancia de que usaron, para domeñar su enérgica entereza. Porque, si Daniel se muestra indiferente á la alabanza; en el mismo modo se le ve impertérrito, ante la oposicion; porque, inaccesible á la embriaguez del triunfo; la desgracia no le abate jamas; en suma; porque es grande y sublime, en la concepcion de sus planes; como constante, en llevarlos á efecto. Buscadme, señaladme, en la historia; otro hombre, que haya luchado, cuarenta años; con la mayor potencia de la tierra; sin dejarse intimidar ni detener, un día; combatiendo, al contrario; cada vez más, con nuevo empeño y creciente valor.

He citado, por último; su infatigable actividad. Le veiais agitarse, continuamente; para infundir valor á los tímidos, y refrenar á los temerarios; para sostener á los débiles; y dirigir á los fuertes; para alentar á los amigos; y descubrir á los traidores; fortaleciendo á los adictos, rasgando el velo á los hipócritas. Multiplícase Daniel, por decirlo así; pues, casi al mismo tiempo; se le halla en Inglaterra, como en Irlanda; en los congresos nacionales, como en el Parlamento; en las juntas de los grandes, como en las reuniones del pueblo; en los ayuntamientos, como en los tribunales; por medio de sus ideas; bállase donde no está; en persona; y llegan sus escritos donde no alcanza su voz: en toda Irlanda, se percibe su influjo; á su llamamiento agítanse todas las clases; mómense, á favor de sus planes; todos los espíritus; todos los corazones, de comun acuerdo; se dejan conducir por su autoridad. Como el gigante de la fábula; que, al moverse; hacia retembalar una montaña, levantándola en peso; O'Connell, transformando, sin auxilio alguno; á ocho millones de hombres en uno solo, á su placer, agita, estremece á ese gran pueblo; lanzalo contra Inglaterra; que, temiendo verse aplastada; retrocede, con horror.

Cierto, incontestable es cuanto he dicho; pero es razon, tambien; agregar, que, si algo comunicó una fuerza irresistible á tan elevada inteligencia, á tanta firmeza, á tanta actividad; fué, á no dudarlo; la caridad que

inspira la Religión; afecto que siempre re-
bosaba, en el corazón de O'Connell. Ajusta-
do su vida á los preceptos del Evangelio;
no estuvo nunca en paz, con los hipócritas:
inflexible; solo para ellos; nunca los perdonó,
bien fuesen magistrados ó ministros;
nacionales ó extranjeros; eclesiásticos ó se-
culares; y, dirigiendo exclusivamente; contra
los mismos; todo su ardor; arrancables la
máscara: en público; mostrábase cuán viles
y deformes eran; derramaba, á torrentes,
sobre ellos; la hiel de sus invectivas; y arro-
jando los rayos de su palabra; los abandona-
ba á la bafa y execración del mundo.
Porque, realmente; los Escrivas y Fariseos
han sido en todos tiempos: la peor casta de
hombres que haya nacido, para oprobio de
la tierra: si; los que, un día, crucificarán á
Cristo sano, actualmente; la ruina de la religión
cristiana; y, por lo tanto; nada puede
igualar á la amargura y celo, con que per-
segua Daniel á los Orangistas y Metodistas;
los más hipócritas; y, en consecuencia; los
más peligrosos, entre todos los hereges; por
ser dignos descendientes del mayor hipó-
crita de las edades modernas, Cromwell; y,
por fuerza; sus terribles auxiliares; los legiti-
mos herederos de su odio furibundo y
cruel, contra la Iglesia católica. « Vosotros;
» si, que sois cristianos valerosos; les decia;
» pues, llevando la Biblia, en una mano; y
» empuñando la espada y tea incendiaria,
» con la otra; no habeis dejado á vuestras
» espaldas; sino ruinas, y arroyos de sangre:
» y ¡ahora; amontonais columnas, contra
» nosotros; cuando empezasteis, por asesi-
»arnos! ¡Todas vuestras palabras, vues-
»tras acciones todas; me dan á conocer,
» suficientemente, que os falta poder; no,
» voluntad; para hacer revivir, en nuestra
» época; los dias de Cromwell, de Preton,
» de Ludlowe! »

Paro; por lo que toca á los protestantes,
de buena fe; á esas almas sinceras y gene-
rosas; que cuénta el protestantismo, en su
seno; por lo que respecta á sus adversa-
rios políticos, O'Connell, manteniéndose
fiel á la doctrina de S. Agustín; « Amad á
» los hombres; y acabad con los errores; al
mismo paso, que atacaba las preocupaciones
de que eran víctimas aquéllos; no cesaba,
como hombre; de respetarlos, y de amar-
los: de suerte que; siendo, para con ellos;
terrible, implacable; en el palenque de
la discusión política; en su vida privada

no usaba nunca, en contra de ellos; de
palabras ofensivas; pues creía cumplir un
deber, disculpándolos, defendiéndolos, y
promulgando todas las buenas obras de la
caridad cristiana. Así; podía decir, á voz en
cuello: « Como hombre político; tengo ene-
»migos, sin número; por enemigos tengo á
» los de la libertad y religión de Irlanda;
» pero no existe, no conozco á ninguno; co-
» mo hombre privado, ni como cristiano. »
Sus mismos adversarios políticos, más de
una vez tuvieron, que hacer justicia á la ge-
nerosidad cristiana de su corazón. O'Con-
» nell, decían; está dotado de una alma
» grande; y, mal que nos pese; habremos de
» quererle, al fin: enemigo formidable de
» nuestras opiniones; es, no obstante; el me-
»jor amigo de nuestras propiedades, y per-
»sonas. Y, así; complaciábase, en visitarle;
honrábase, con su familiaridad y confianza.
¡Bello espectáculo era, sin duda; el asistir
por la noche; á sus pláticas, en reuniones
de amigos, con aquel mismo O'Connell;
cuando, por la mañana; en la liza parlamen-
taria; le habían asaltado, como leones enfu-
recidos; sosteniendo nuestro Daniel la lu-
cha, con igual denuedo. Si; O'Connell, fué
amado de todos cuantos tuvieron la dicha
de haberle tratado intimamente.

Si esto era O'Connell, para sus enemi-
gos; fácilmente, os imaginareis lo que seria;
para los amigos de la causa de su Irlanda.
Por lo que hace, en favor de miseros con-
ciudadanos; imposible es decir, á qué punto
los amaba: recordad, si no, los años prime-
ros de este siglo; en los cuales (de resul-
tas de la insurrección de católicos, contra oran-
gistas; acaecida, en el de 1798; y mientras el
odio de éstos, hacia los católicos; era, cada
día; más intenso y cruel) ocupaban los ma-
gistrados protestantes su puesto, en los tri-
bunales; como viles satélites de la tiranía;
no ya, como sacerdotes de la justicia, tuto-
res de la inocencia y vengadores del cri-
men: el solo título de católico les bastaba,
para proscribir y condenar á quien quiera
que fuese: pero, por fortuna; en aquella
época tan aciaga; en aquellos dias de lúgub-
re memoria, para los católicos; O'Connell
solo, heredero del espíritu como del nombre
del antiguo Daniel; se constituyó, á su
ejemplo, en defensor intrépido de la ino-
cencia oprimida. Encontrando, una vez, en
su camino; á multitud de católicos; á que-
nunos arrastraban al tribunal; para juzgarlos,

según decían; como reos de Estado; pero,
en realidad; para inmolarlos, por católicos;
pues todos sus jueces, orangistas pertinaces;
eran, de los que denomina la Escritura,
« lobos repastados de la toga; y compañía; »
no, un tribunal de hombres íntegros; mas sí,
un tropel de fieras sedientas de sangre;
encorradísimos, repis; y arrebatado O'Con-
» nell, únicamente; por el entusiasmo de su
caridad; aparécose, de pronto; y abraza la
defensa de los acusados: él arenga, grita,
trueno; aquella vez; con tanta fuerza, con
tanta vehemencia, tanta agitación, tanta
energía; que hace ruborizarse, y temblar,
en sus bancos; á los jueces; á un tiempo;
recuérdalos los sentimientos naturales del
hombre, y los deberes del magistrado; y
consigue, que proclamen la inocencia de sus
co-religionarios. Hé, aquí; el primer
caso que presenta el siglo XIX, de haber
hecho justicia los hereges á los católicos
de Irlanda.

De aquel día, en adelante; fué O'Connell,
por toda su vida forense; es decir, cuarenta
de todos los reos católicos: ¿quién puede
saber á cuántos de ellos libró de la cárcel,
del destierro, de la muerte? El era sostén de
todos los pobres, apoyo de todos los des-
graciados, consuelo de todos los tristes; á
él acudían todos: los oprimidos, para bus-
car un defensor; las viudas, un amparo; los
huérfanos, un tutor; una mano caritativa,
los indigentes; y todos hallaban, en Daniel;
á quien buscaban, al hombre que habían
menester. El es, el consejero que dirige,
el abogado que defiende, el hombre bené-
fico que socorre; el tierno padre que com-
padecce, acaricia y consuela; el Pablo mo-
derno; que se consagra á todos, y á cada
uno; el que, por un reflejo de amor; siente
agobiada su noble alma, con los dolores de
que se queja otro; con las penas que sufre
otro, y con la misma enfermedad que ali-
gea á otro, y con el fuego devorador que
produce el escándalo; de que otro se escan-
daliza.

Es tan desprendido y diligente, en socor-
rer la miseria con sus propios fondos; quan-
to industrioso y activo, en asegurarle so-
corros públicos y duraderos. Difícil, al par
que largo; sería enumerar los talleres de
artesanos, los refugios destinados á los po-
bres, los asilos de huérfanos, los hospita-
les, las escuelas de primeras letras, los re-

tiros protectores del pudor; que hizo Da-
» niel, por sí; fundar, en toda Irlanda; gra-
cias al influjo de su persona, y á la autori-
dad de su voz. ¿Qué soberano, hacia su
pueblo; qué general, hacia su ejército; qué
jefe, hacia sus inferiores; qué padre, hacia
sus hijos: fué nunca más solícito, más tier-
no, más generoso que O'Connell; hacia sus
caros Irlandeses? Para ellos, era todo su
amor; pues vivía y respiraba, tan solo, para
ellos: sus gozes, su felicidad; no eran otros
que sacrificar, en obsequio de los mismos;
sus bienes, sus anhelos, su propia vida.
« ¿Quién puede concebir, ni menos expresar;
la amargura de la pena; lo agudo de los
tormentos, que desgarraron su tierno cora-
» zon; y al contemplar á su pobre Irlanda, ali-
» gida por la necesidad y devorada por la
» peste; sufriendo tantas desgracias, sin que
jamás se desmintiera su paciencia, ni fla-
queara su lealtad un minuto? ¡Ah! cómo se
revelaban, en aquel semblante; majestoso,
por su tristeza; sombrío; con frecuencia ba-
ñado en lágrimas, en el mismo Parlamento;
adonde iba á pedir; en actitud de súplica;
el pan de que Irlanda carecía; cómo se re-
velaban, digo; las horrendas torturas que
laceraban su corazón! Desde aquel instante;
empezaron á decaer sus fuerzas, su antiguo
valor, el arranque de su talento; con ser-
vicio de su espíritu melancolía tan profunda,
tan grande abatimiento; que, al fin; aquella ro-
busta naturaleza, que desahó á cincuenta
años de luchas y fatigas; succumbió, bajo el
peso de su terrible congoja; así que, se
puede asegurar de O'Connell, con toda exa-
ctitud; que, habiendo vivido tan solo, por
la caridad; murió; á manos de ella misma;
porque solo la caridad era sacrificador dig-
no de víctima tan noble.

Jamás se ha dado ejemplo de un carifio
tan tierno como el de Daniel O'Connell, há-
cia su Irlanda; pero sería faltar á la ver-
dad el no añadir, que tampoco se ha dado
amor como el de Irlanda, hacia su Pa-
» nnel: amabale, como á su padre; como mil-
lones de hombres; á la vez obedeciéndole,
como á su jefe; y venerándole, como á su
soberano.

¡Qué confianza les merecían sus conse-
jos! ¡Qué docilidad mostraban á sus me-
nores indicaciones! ¡Qué obediencia, en
cometerse á sus más ligeras señales! Reú-
nense cien mil hombres, bramando; agria-
dos por un acto opresivo, de parte del go-

bierno; y, al punto que llega; con una sola palabra, los aplaca Daniel; con una sola palabra, los dispersa; y, ya en calma; los hace volver á su morada. Hallándose, frente á frente; con una nación que contiene algunos millones de hombres, aguijoneados por el peor de todos los consejeros: el hambre; que, ya; no escuchan razones; ya, no respetan derechos; ni hay peligros que no arrosten, ni castigo alguno que los espante: pronuncia O'Connell estas palabras: «Respetad la propiedad, porque así lo manda nuestra Religión;» y su voz, sola; logra de ellos lo que, en vano; habría tratado Inglaterra de conseguir, con todos sus cañones; pues logra, que, hambrientos; permanezcan sufridos; y moribundos, resignados.

¡Que otro poder moral nos ofrece la historia, tan grande, tan colosal, tan obedecido y respetado como éste! No conozco á ningún soberano, de derecho; que se haya visto nunca obedecido con más fidelidad; venerado, con más respeto; amado, con más cariño; que el soberano, de hecho; Daniel O'Connell.

Eran sus viajes, un triunfo continuado, de que imposible sería formarnos una idea; si, en los triunfos de Pio IX: no hubiésemos visto, con nuestros propios ojos; la realidad de aquél. Apenas circula, que ha llegado el Libertador; comuévense provincias enteras: los representantes de ciudades y condados, las corporaciones de ciudadanos, hasta poblaciones remotas; vienen á su encuentro, sin turbar la tranquilidad; agitando banderas. Al divisar, de lejos; al grande hombre; al percibir su figura de atleta; la nobleza de su aspecto, su frente majestuosa, su mirada llena de bondad, su dulce sonrisa, en contorno: resuenan las vivas frenéticas que les dicta el corazón, henchido de entusiasmo: pero Daniel, atravesando los arcos de triunfo, las calles alfombradas y cubiertas de flores, las hileras compactas de una inmensa muchedumbre; que ansía por ver su cara, y por oír su voz; dirige-se, luego; al templo, para adorar al Todopoderoso.

Cada vez, que se aparecía nuestro héroe; retrábase el júbilo en todos los semblantes; colmándose de felicidad los corazones: creíase, que aquel pueblo, tan bueno! se olvidaba, junto á Daniel; de sus miserias y angustias seculares. Los que le ven, jamás quedan hartos de mirarle; los que le oyen,

jamás se cansan de escucharle; circúyenle docientos, trescientos, seiscientos mil personas; arrobadas, y pendientes de sus labios; pero ¡con qué ternura, le contemplan! con qué avidez, le escuchan! con qué entusiasmo, le aplauden! Si; esos aplausos, esos gritos de alegría; los articulan todas las bocas; y nacen, también; de todos los corazones: ¡cómo se interesan todos á porfía; en su salud, y en su vida, y en su gloria! «; El es nuestro padre! dicen todos: «él es nuestro amigo verdadero: el es nuestro sostén, nuestro libertador; y, después de Dios; él es, por fin; nuestra sola esperanza, nuestra gloria, nuestras delicias, nuestro amor!»

¡Quién es capaz de graduar el abatimiento y dolor de ese buen pueblo; al ver al grande hombre á quien amaba tanto, condenado, por su causa; á prisión! Como si aflicción al país una calamidad pública; toda Irlanda guardó luto, porque todas las almas estaban traspasadas de dolor. Orábase, en todas las familias; hacíanse votos, en todas las iglesias; por la libertad de O'Connell: desde los lugares mas lejanos; salían, en procesion, las poblaciones enteras; llevando, al frente; á sus sacerdotes y á su obispo; con el fin de visitar al ilustre preso, que sufría por la fe y libertad de Irlanda; presentando, así; á O'Connell, el homenaje de su amor y aflicción. Tornóse aquella cárcel en una mansion Real. Daniel, como ningún monarca; daba, en ella, por las mañanas; una audiencia solemne; y repetido, que ningún monarca, sentado en su trono; recibió nunca tantos homenajes como el nuevo Pablo, sentado en su calabozo.

¡Cuál no debió ser la satisfacción de Irlanda, el último día de una novena, ofrecida á la Madre de Dios por la libertad de O'Connell, á insinuación del mismo; cuando la cámara alta del Parlamento de Inglaterra, mas alta, en aquella ocasión; por la nobleza de sus afectos, que por su encumbrada gerarquía; consumó un acto admirable de justicia; volviéndole su campeón á Irlanda, volviéndole su padre al pueblo! Al salir de la cárcel; lujosísimo carro de triunfo, y un inmenso gentío; esperaban á O'Connell; quien fué recibido, con vivas y muestras de entusiasmo; que se comprenden mas fácilmente de lo que pueden expresarse: aquel día; alcanzó Daniel un triunfo verdadero; á cuyo lado, nos parecerían los triunfos de

los emperadores romanos, tanto mas pálidos y mezquinos, cuanto eran debidos, tan solo; á la fuerza; mientras el triunfo que nos ocupa fué debido, únicamente al amor.

Dignos de particular nota son, á la vez; el entusiasmo, amor y confianza; que el desprendimiento, su caridad, su celo por la patria y por la Religión; habían logrado infundir, en las mujeres: no contribuyó poco el entusiasmo de éstas; para extender el inmenso poder moral, que fué cetro de O'Connell. ¡Ojalá pudieran comprenderme esos hombres de miras estrechas, de entendimiento extraviado, de corazón empedernido; que se creen los únicos capaces de gobernar á los hombres, cuando no los conocen; de gobernar á los pueblos, cuando no los comprenden! Porque, en realidad; cuando una idea, bien política ó bien religiosa; desciende del cerebro de los hombres al corazón de las mujeres, y se trasforma en afecto; centuplicase la fuerza de aquélla; pues á todo resiste, triunfando siempre de todo: ahora bien, las mujeres de Irlanda eran partidarias de O'Connell; porque le miraban como el único descanso, el único vengador comun; y ellas avivaban, sin cesar; en el corazón de su padre, y de su esposo, y de sus hijos; el amor hacia el gran ciudadano; dándoles ardimiento, para someterse á los sacrificios más amargos; en bien del libertador de todos y cada uno.

Una vez; acercábase un hombre, el mano incierto, la frente ruborosa, la pazo trémula; adonde se celebraban las elecciones de los representantes del pueblo: pobre arrendador, padre de familia, y preso por deudas; había visto aquel hombre al lord, su acreedor; abrir, con sus manos; benéficas, al par que crueles; las puertas de su calabozo, intimidándole la condición de que votase contra O'Connell; ya, el amor á su familia había superado, en su corazón; al amor que le merecía el libertador de su patria; ya, se preparaba á votar contra él; cuando oye, de repente; una voz que le dice: «¡Desdichado! ¿qué vas á hacer? ¡Acuérdete de tu alma, y de la libertad! Remember your soul, and liberty!» ¡Sublime voz! Sublime mujer! Esas palabras fueron pronunciadas por la esposa del mismo irlandés; porque ella prefiere la victoria de O'Connell á la libertad de su esposo, al amparo de sus propios hijos; y, al oír dichas palabras; recobra su razon el desgra-

ciado; olvida, que es, á un tiempo; esposo y padre, para acordarse de que es ciudadano; vota á favor de O'Connell; y, nuevo Régulo; vuelve tranquilo á su calabozo. De allí á poco; repletese, en toda la isla de los Santos; la sublime sentencia de esposa tan magnánima; vese grabada en bronce, y estampada en los pendones de la Asociación Católica: pues aquella noble sentencia expresa todos los afectos de un verdadero corazón irlandés; porque resume toda la historia de ese heroico pueblo; que, durante tres siglos; todo lo ha sacrificado á Dios, á la Religión, y á la patria.

Jugad, si habría sido posible, que ese pueblo consistiese en que su padre y libertador; el hombre que lo había sacrificado todo; bienes, reposo, vida; en provecho de Irlanda; no hubiera sido sustentado por ella; pero el pueblo más católico, más moral, más valeroso de cuantos cubren la tierra; es, también; el más pobre. Llegar, á fuerza de fatigas; á recoger las patatas que necesita, para saciar el hambre; hé, aquí; su solo anhelo; hé, aquí; el colmo de su felicidad; y, sin embargo; ese pueblo es tan generoso, que lo veis privarse hasta de su alimento; á fin de dar su óbolo al libertador de la patria; llegando, de esta manera; á crearle una renta de seiscientos mil francos anuales.

Gracias á esto; los insolentes partidarios del protestantismo dan á Daniel, el título de *Rey Mendigo*. Pero ¡qué insensatez la de creer, que O'Connell queda, por este dicho; expuesto á la irrisión; cuando, con esa mismo título; le honran! Y, con efecto ¿qué soberanía puede darse la que la que percibe; no, tributos arrancados violentamente; sino ofrendas voluntarias, hijas del corazón? ¿Qué soberanía más bella que la que solo tiene, por espada; una pluma; por artillería, la palabra; por séquito, á los pobres; por Guardia Real, al amor de su pueblo? ¿Qué soberanía más bella que la que, lejos de hacer derramar lágrimas; las enjuaga; en vez de hacer correr sangre, la detiene; no inmolando vidas, sino las conserva; no domina al pueblo, sino lo mejora; no le forma cadenas, sino rompe las que lo ligan; y mantiene el orden, la armonía, la paz; sin perjudicar á la libertad? Y ¿qué monarca no se juzgaría feliz, reinando de este modo? Si hay soberanía; á que puedan aplicarse, hasta cierto punto; las palabras de la Escri-

tura, en donde trata de la soberanía de Salomón: esa es, la pacífica de Daniel O'Connell; á la cual asaz convienen las siguientes palabras: «Nada igualó á su grandeza, á su gloria, á su magnificencia.»

Cuando ya tenía preparada, por todos los medios que acabamos de enumerar; santificados y elevados, por su piedad: á una altura maravillosa; la opinión pública; en Irlanda, tanto como en Inglaterra; lo mismo en la corte que en el Parlamento; entre el clero que entre el pueblo, á favor de la emancipación de su patria: vemos á Daniel presentarse á solicitar los votos de sus conciudadanos; para ser elegido representante del pueblo, en el Parlamento británico. En vano; el gobierno, á fin de que se malogro pretension tan nueva, tan rara en un católico; elige, para competidor de Daniel; á un personaje lustre; que, no mucho hacía; formaba parte del ministerio; teniendo, y; derecho al agradecimiento de Irlanda, por haber favorecido su causa: en vano; por espacio de cinco días, que duró lucha electoral tan digna de memoria; tócanse todos los resortes que tiene á su arbitrio una gran potencia, con el fin de excluir á O'Connell; que había logrado, tan solo con su nombre; ser el terror de Inglaterra: pero, esta vez; pudo más el mérito, que la riqueza; pudo más el amor á la patria, que los vergonzosos instintos de adulación al poder; pudo más el hombre del pueblo, que el hombre de Estado; el católico, que el protestante; consumándose, por fin; la elección de O'Connell; en medio de los aplausos de los verdaderos fieles, y del temblor convulsivo de los protestantes.

La dificultad mayor no era, por cierto; la elección de un católico: éralo, si; el modo de admitirle en el Parlamento; de donde habían estado excluidos los católicos, tres siglos! por las leyes de Inglaterra. Mas, á pesar de todo; O'Connell, fiado en la justicia de su causa; y, aún todavía más; en la protección de la Reina de los cielos; guiado por esa penetración que nunca le abandona; espera, firmemente; que alcanzará esta victoria; pues alcanzó, ya; otra; y; cual si, con el hecho de la elección de su O'Connell; hubiese recobrado Irlanda su libertad: entona Daniel; entre las careajadas irónicas de unos, y muestras de incredulidad de otros; el himno de la restauración, dirigiendo estas palabras á sus electores: «Hombres! de

«Clare: vosotros sabéis, que la única base de la libertad es la Religión; y, si habeis triunfado, lo debéis á que vuestra voz, que alzásteis en defensa de la patria; se había exhalado, primero; en súplicas al Señor. «Mas, hoy día; resuenan, ya; en nuestros campos, los himnos de la libertad: esos sacentos recorren nuestros valles, suben á nuestras colinas; murmuran en las corrientes de nuestros ríos; y nuestras llanuras repiten, con voz de trueno; en la corte que en las montañas: *Irlanda es libre!*»

Cual lo predijo Daniel, sucedió: presentóse, en la cámara de los Comunes; y rehusaron admitirle. «Sois católicos, le dice el ujier; y no hay entrada, para los católicos; en un congreso de protestantes. Decidme, ¿pues; si jurais los treinta y nueve artículos de la religión anglicana.» — Yo juro, responde O'Connell; «fidelidad á mi Rey, fidelidad á todas las leyes justas del Parlamento; pero ni juro la herejía, ni juro la blasfemia; y pido á la Cámara, que se me admita; para probarle mi derecho.» Al oír la Cámara semejante proposición; tiene por conveniente acceder á ella; aunque impulsada, mas bien de la curiosidad; que de un principio de justicia. Entra el grande hombre en el lugar de las sesiones. ¡Ángel tutelar de Irlanda; vén, pues; á socorrer á tu generoso abogado! Jamás ha deliberado un tribunal de hombres, sobre una causa tan grande; jamás se vieron intereses de tanta cantita, encomendados á la palabra de un hombre; porque se trata, nada ménos; que de la libertad, ó de la servidumbre civil y religiosa de un gran pueblo; se trata de la estabilidad, ó de la ruina de un grande imperio. Pero ¿á qué temer; si O'Connell, elevado por esas ideas; es, ya; superior á sí mismo? El comprende toda la importancia de la misión, que encargado está de cumplir; crece, por minutos; el silencio y majestad de la Cámara; apenas se respira; todos los ojos, vueltos están; hacia él; todos los corazones laten, á un tiempo; aquí, de temer; más allá, de esperanza. Habla O'Connell; pero, con tal dignidad; con voz tan firme, con tal nobleza de afectos; empleando razones tan fuertes, un estilo tan grandioso, voces tan energicas; con tal agitación y tal ardor, en suma; que, primero; agita, estremece á la Cámara; y, en seguida; persuade á los más reuuentes; y vence á los más rebeldes; aflige á los más fríos; de-

jando á todos maravillados, y fuera de sí; como preguntándose unos á otros, sin dejar de guardar un silencio sublime: «¿Qué hombre habló nunca como éste? ¿quién sería tan osado, que le creyese injusto?» Así, ceden las preocupaciones; así, callan los ódios religiosos; desatiéndense las viejas costumbres; ríndese la herejía, triunfa la justicia; y, en la persona de O'Connell; siéntase otra vez el catolicismo, en el parlamento de Inglaterra; de donde fué expulsado, hace tres siglos.

Y ¿la emancipación? ¡Ah! Cobrad valor: abierta está la brecha; y dentro de la fortaleza, el enemigo: é imposible será que, al fin; no capitule aquélla. Apenas ha trascurrido un año; cuando subyugado, ya; por la fuerza poderosa de O'Connell, y por la fuerza de la opinión y simpatía de los pueblos; que él había conseguido interesar en su gran causa: el propio ministerio tory, constituido para esclavizar; todavía más á Irlanda; se vé obligado á proponer la ley, sobre su libertad.

Oponese á dicha ley fracción considerable de la cámara de los Comunes, amenaza la aristocracia, protesta el anglicanismo, espántase el mismo rey Jorge IV; en quien se veían oscurecidas por el fanatismo de las sectas, las calidades eminentes de cristiano y de inglés; que le adoraban; y, cediendo á la rabia; que excita, en su alma; la humillación de su orgullo de rey, en tener que someterses á un simple súbdito: da en tierra; una patada, arroja la pluma, deja escapar imprecacion tan grosera como estas: «Condene Dios á O'Connell. *God damn O'Connell;* y se niega á firmar. Pero toda repulsa es vana, fuerza es rendirse; aquella gran ley; tan honrosa, para Inglaterra; bien que algo tarde concedida; que encomia tanto á la generosidad, y cordura de esa nación; se ve, al fin; sancionada; y con convenio de paz, dictado, despues de la victoria; vese la libertad civil y religiosa de Irlanda estipulada, definitivamente; con gran júbilo de los hombres, á quienes concede el goce de la libertad; con grande aplauso del mundo!

¡Qué triunfo! ¡Despues de la victoria, á consecuencia de la cual fueron devueltos al cristianismo primitivo, por aquellos empedaños; que lo habían tratado como esclavo, tres siglos; sus derechos civiles, y libertad religiosa; no se ha ganado jamás una

victoria tan noble, tan magnífica, tan estu-penda!

Militaban, en un bando; intereses políticos, rivalidades de posicion, privilegios de casta; errores nacidos, tan solo; de la educación, antipatías nacionales, odios religiosos; la oposición del monarca, la repugnancia del pueblo; y, por fin una herejía; arraigada, trescientos años; en aquel suelo; inteligente, interesada, dueña de las tierras, de los capitales, de la marina, del ejército, del Parlamento; es decir, que combatian, por un lado; todas las pasiones, todos los errores, todos los talentos, todas las riquezas, todas las fuerzas; y, por el otro; un simple particular; pobre, sin porvenir, hijo de una nación de esclavos, de una raza proscrita: simple particular, á quien unos llaman temerario; y otros, frenético; tachan unos de ambicioso; otros, de fanático; unos insultan, y otros desprecian; unos amenazan, otros ridiculizan; de algunos quien se mofar; y ante quien, muchos se estremecan. Pero ese hombre, que se hallaba solo; eso simple ciudadano; que tuvo que sostener tantas luchas, y que venció tantos obstáculos; sin contar con mas fuerzas que su elocuencia, sin otro apoyo que su religión; abate, sin embargo; á tan numerosos y terribles adversarios: sí; á esa potencia colossal; que dispone, á su antojo; de los destinos del mundo y de la suerte de los hombres, á esa nación; á la que nada se resiste, y que de todo triunfa; á esa nación resistió Daniel, vencióla, y completó su triunfo. Este acontecimiento; inmenso, por sus resultados; cambia la faz del mundo; basta para honrar á un siglo; y, no obstante; al transmítrase á la historia; bien que presenciado por nosotros; no hallará más que incrédulos, en la posteridad; pudiendo aplicársele, con razon; estas palabras: «Sus hechos corresponden á nuestros días, y nadie dará crédito á su relacion (Habeat.)»

Estaban combinadas de tal modo, las leyes concilios de Irlanda; que los católicos no podían ejercer ningún cargo, en el Ayuntamiento, ni gozar ningún derecho; estándoles vedado establecer ningún tráfico, y abrir ninguna tienda; pues todo estaba sujeto al capricho, y arbitrariedad de los protestantes. Era, en derecho; ciertamente, un gran punto; la emancipación política de los católicos; pero, de hecho; no era nada, sin obtener la civil: así que; pronto, consi-

que O'Connell un nuevo triunfo; y entrega á los católicos todos los concejos de Irlanda. El entra, siempre, en el Parlamento; pronunciando estas palabras desgarradoras, y terribles: «Justicia, para Irlanda!» hiel de espanto á todos los que le oyen; y, sostenido ese grito aterrador, por una agitación que aumenta, cada vez más; así como por millones de súplicas; todo lo allana, al fin; todo lo vence.

Por ese medio, consiguió Daniel la supresión de la mitad de los obispos, y de gran número de las parroquias que pertenecían á los herejes: plantas parásitas; que crecían, con el jugo de la católica Irlanda; por ese medio, consiguió la extinción de los odiosos diezmos; cuyo destino era sostener el culto protestante, que la arumaba; por ese medio, alcanzó que su patria; no há mucho, vasalla de Inglaterra; pueda, algún día, trocarse en rival suya; y que un montón de hombres; ayer, infelices; y pobres, y vejados; hoy, aparezcan como una nación de propietarios, compacta, majestuosa, terrible!

Pero; si O'Connell ha muerto, ¿antes de ver realizado el triunfo de su Irlanda; es decir, antes de que haya quedado sin valor; el pacto inelco; que reúne, bajo el mismo gobierno; á los dos pueblos: ha preparado aquel triunfo, de un modo tan admirable; con su agitación, con sus proyectos, con sus sacrificios; que es imposible no se cumpla, algún día; en una época, más ó menos remota. Y sus hijos ¿no son, acaso; herederos de su talento, de sus virtudes, de su gloria; siendo herederos de su sangre? ¿No ha sido el primogénito llamado, ya; por las honrosas simpatías, y libre elección de clero y pueblo; á ocupar el mismo rango político, que ocupaba su padre? ¿Pues qué! ¿no sigue ya; los principios, planes y senderos; que, á su vista; trazaba? Si, mil veces sí: Juan O'Connell completará, no cabe duda; la obra empezada por Daniel.

El nuevo pueblo de Dios será conducido, por el nuevo Josué; hasta haber penetrado en la verdadera tierra de promisión, donde florece completa independencia; y que el nuevo Moisés pudo, tan solo, saludar, de lejos: la misma Inglaterra se verá obligada á dejar partir á las santas tribus, con toda libertad. Ya; empieza á comprender esa nación, que dos pueblos; diversos, por el carácter; diversos, por las costumbres; y so-

bre todo; por la religión; no pueden ser regidos, por leyes idénticas; que, privada Irlanda de su parlamento nacional; no es, ya; una columna, para ello; sino, más bien; un estorbo, una carga; y que solo un gobierno propio es capaz de salvar á ese desdichado país, de la carestía y de la peste; que lo amenazan, con la ruina. ¡Generosa Irlanda! hoy; te parece dura, te parece cruel; la última lucha, en que te has empeñado; y, sin embargo; cuando termine, serás más libre, más gloriosa, más fuerte: Inglaterra, Irlanda; no seréis, por más tiempo; dos pueblos, sujeto el uno al otro; sino, conforme á los sublimes designios del grande hombre; que tanto honrais; y que, también; os honra tanto: seréis dos joyas, en una misma corona; dos sostenes del mismo trono; dos nobles hermanas de la misma familia; y, así; amándoos, auxiliándoos mutuamente; marcharéis, con paso seguro; por el camino de la verdadera libertad, y de la verdadera grandeza; hasta llevar á cabo los fines de la providencia Divina; en cuanto á la emancipación de los hombres, la propagación del Evangelio y la del mundo.

Aquí; acaba mi breve reseña de lo que ha sido Daniel O'Connell, como ciudadano; pero bien habréis notado, en tan pocas palabras; cuánto mas brillante, sin género de duda; es su gloria, que la de un Napoleón. Si: al comparar á esos dos hombres; los mas extraordinarios de nuestros días; y que han llenado los cincuenta años primeros de nuestro siglo, con la gloria de su nombre; al comparar, repito; á O'Connell, con Bonaparte; veréis, en la imparcial historia; que el uno ha sido el génio de la paz, el otro ha sido el génio de la guerra. El uno ha conservado los hijos á las madres, los esposos á las esposas, los padres á sus pequeñuelos; mientras el otro, se los ha arrebatado: el uno ha salvado vidas, á millones; el otro, las ha sacrificado: el uno ha predicado la fidelidad; el otro, la rebelion contra todo gobierno establecido: el nombre del uno no trae á la memoria, sino actos de desprendimiento; de amor á la justicia, y al orden, y á la legalidad; el nombre del otro, muy por el contrario; no recuerda, sino grandes trastornos; grandes injusticias, despojos, usurpaciones: el uno á hecho revivir los principios de independencia civil, consignados en las constituciones antiguas de la monarquía cristiana; el otro, los ha sofoca-

do: ha trabajado el uno, en afianzar la libertad verdadera de los pueblos; ha creado el otro, con el nombre de centralización; una esclavitud universal. Y ¿qué causa motiva, tan asombrosa diferencia? Haber sido guiado Bonaparte, por la ambicion; O'Connell, por la caridad: aquél ha menospreciado la Religión, encarcelando al jefe augusto de la Iglesia; éste, hála honrado y amado; enviando á dicho jefe, en señal de homenaje; su propio corazón: el primero, ciudadano conforme á las máximas del mundo; se ha servido de una filosofía in-crédula, para crear la esclavitud; el segundo, ciudadano conforme á las máximas del Evangelio; ha buscado apoyo, en los preceptos de la Religión; en las doctrinas que enseñó, en la caridad que inspira; á fin de asegurar el reinado de la libertad: de tal suerte, que han sido duraderas las conquistas del uno; mientras que el otro, antes de morir; habia visto desaparecer las suyas: ha dejado el uno, tras sí; una huella de luz; el otro, una huella de sangre; y, al paso que la memoria de Napoleón inspira, no sé qué afecto lúgubre y terrible; no excita sino una admiración estéril, y mezclada con lágrimas; la memoria de O'Connell, tan distinta de aquélla; hace, que todos los pechos latan; de alegría; si; la memoria de O'Connell será bendecida, siempre: en ella; pondrá el mundo su amor, y sus delicias.

Porque el Libertador de Irlanda no ha limitado, tan solo; á Irlanda, los bienes que produce la libertad: ántes; los ha hecho extensivos á toda Europa, á todo el mundo; pues, al criar Dios á los grandes hombres; no hace; para utilidad de solo una época, ni de solo un pueblo: envíalos á la tierra; para utilidad de todos los pueblos, y de todas las épocas; razon que explica, cómo el hombre de privilegiado talento pertenece á todo el linaje humano. Para desenvolver mi pensamiento; necesito exponer, aquí; una doctrina importante; única, que puede hacernos graduar, con acierto; las dos épocas mas notables de la historia moderna.

Escrita está la historia de nuestro siglo, en la historia del siglo xvi. Allí, en esos tiempos; se vió trastornado todo el mundo cristiano, por hombres; que, poseyendo todas las dotes del espíritu, y manchados con todos los crímenes é infamias; tomaron en boca la palabra reforma; y se ha visto,

en nuestra época; todo el mundo político, desquiciado y revuelto; por hombres; que, siendo del mismo temple que los otros; tenían, en sus labios; la palabra libertad. Pero ¿es dado al genio del mal, hecho hombre; que, á su capricho; agite, y turbe, y arrastre al mundo á los abismos de la sedición y de la herejía? No, no lo es: los herejías del siglo xvi eran tan poco devotos de la reforma; cuanto de la libertad lo son, los revolucionarios de hoy en día: cuando pronuncian los primeros la palabra reforma; así como los segundos la palabra libertad; ni una ni otra, es más que un pretexto, una mentira, una impostura: con esas mágicas palabras intentaron aquéllos acabar, con la Iglesia; intentan éstos acabar, con la sociedad civil. Nada tiene contestación de cuanto he dicho: de sobra, os lo confirma la experiencia; y me falta agregar, todavía; que solo ruinas han dejado, al pasar; y unos y otros; y que, dueños, por algún tiempo; del campo de batalla; los que gritaban reforma; se han mostrado, los más impíos, los más corrompidos; entre los cristianos: los que vociferaban libertad, los más despotas y crueles; entre los hombres de Estado.

Si queréis investigar los medios; por los cuales llegaron los herejías, en el siglo xvi; á tal grado de poder, que impelieron á la mitad de Europa á que abrazara sus proyectos de error y sedición; voy á decirlos: cual río; cuya corriente recoge el fango, y lo deposita en ciertos parages; acumula el tiempo, en épocas determinadas; los desórdenes, y los abusos: este fenómeno comprende á todas las sociedades humanas mejor constituidas; y la misma Iglesia, en sus elementos humanos; entra en la regla comun. Entónces; apodéransese del cuerpo social; un disgusto, un abatimiento y una secreta zozobra; que le hacen pedir, buscar un remedio; pero pronto, y activo; y, sea quien fuere el que se presente, con el fin de aplicarlo; como reuna audacia, instrucción, talento; seguro puede estar de ser bien acogido; y escuchado, con fervor.

Resulta, pues; que, así como los escándalos y abusos del clero, amontonados por los siglos pasados en el siglo xvi; produjeron, en la Iglesia; una necesidad universal de reforma; así las injusticias y arbitrariedades de los políticos; transmitidas, de

siglo en siglo; hasta el nuestro: crearon en el Estado; una sed de libertad, universal cuanto penorosa. De consiguiente; no, por haber enseñado doctrinas falsas; han alcanzado, heresiarcas y revolucionarios; tan grandes y funestas victorias: sino porque, adivinando la existencia de una necesidad verdadera, y universalmente admitida; en la Iglesia como en el Estado; han ido á su encuentro, y ofrecidos á satisfacerla; prometiéndole, predicando su boca lo que, ciertamente; no abrigaba su corazón: la *libertad*, los unos; los otros, la *reforma*.

Pero, en esta rápida ejeada; que os pone, de manifiesto; las dos épocas de que hablamos; y las causas de los tremendos disturbios; que dimanaron de los abusos reinantes, en las mismas; se encuentra indicada la *Filosofía de la historia* de aquellas, al paso que la naturaleza del remedio de éstos.

¿Cómo paró, en el siglo XVI; el terrible curso de la herejía; cuando amenazaba envolver, con sus olas impuras; á toda Europa? Aceptando la Iglesia, el mismo lema de la herejía; y gritando, á su vez: *Reforma*. Si; apenas hubo articulado la Iglesia; desde luego, por boca de Paulo III; de ese ilustre pontífice; y, más tarde; en el inmortal concilio de Trento; la gran palabra *reforma*: esta promesa, esta certidumbre de que la Iglesia concedería, una reforma real y verdadera; anonadó á la falsa; proclamada, y ofrecida por la herejía; destruyó el pavoroso talisman, que consistía en la mágica palabra, con que su voz engañaba á tantos pueblos; y la herejía luterana y calvinista; estando en las fronteras de Francia, y de Italia; pronta á cruzarlas, ya; si bien ha seguido subsistiendo, ha sido, tan solo; como *doctrina política* de los Estados; que formaron, con ella; el cimiento de su constitución, y de sus dinastías; pero, como *doctrina teológica*; al cabo, se deluvo en sus devastaciones y conquistas.

Asimismo; la revolución, que amenaza darle vuelta al mundo; no podrá ser detenida, en su marcha; que derruye, indistintamente; los tronos y los Estados; mientras que los mismos gobiernos, prohibiendo la misma palabra; no griten, también ellos: *Libertad*. Esta palabra, os lo repito; es sin duda, tan falsa, en boca de los demagogos; cuanto lo era, antiguamente; la palabra *reforma*, en la de los herejes; no obstante; si eligen los gobiernos, por modelo suyo;

á la Iglesia; en su conducta, acerca de la reforma; adoptando la misma política, para con la libertad; si convierten esta palabra en una verdad; cuando, pronunciada por sediciosos; no era más que una mentira; si se apresuran á realizar, por sí mismos; lo que la Revolución puede prometer, sin poder dar; ó, al menos; perpetuar; si, con tiempo; se presentan á satisfacer una necesidad, que abruma á los pueblos cristianos; necesidad efectiva, palpable, irrefragable; librándolos, de esta manera; de las seducciones, con que les brinda la demagogia; si, de grado, y con discreta medida; conceden, hoy; lo que, más tarde; se verían forzados á conceder, fuera de toda medida; y bajo el yugo de una necesidad inexorable: si los gobiernos; como dije, al principio; abrazan esta conducta; arrebatarán á los enemigos del orden, el valimiento de los pueblos. Y, por último; del mismo modo que una reforma sabia, establecida por la Iglesia; desarmó á la herejía; idénticamente, una libertad sabia, otorgada por los gobiernos; desarmará á la revolución: éste, y no otro; *entidadas* bien; éste es el medio único, el medio seguro, el medio infalible de que cese aquella.

Pues bien: esa gran doctrina, tan sencilla como profunda; comprendida, hoy mismo; de tan pocos hombres; bien que no profesada por ninguno, á principios del siglo: O'Connell la profesó, antes que todos; antes que todos, la proclamó, la inauguró, la puso en práctica; venciendo, á la continua; en todos sus encuentros.

Cuando este hombre singular empezó á presentarse, en la escena política del Reino Unido; el mayor teatro del mundo; en época, en que los talentos más cultivados estaban poseídos; con respecto á la libertad; de las preocupaciones más fonestas; aunque, por desgracia; justificadas, con exceso; por el espectáculo de tantos tronos, vacilantes ó caídos; de tantas dinastías, proscritas ó extinguidas; de tantos despojos, de tantos saqueos; de tantas ruinas; consumadas, en el nombre y bajo el pendón de la libertad; esta palabra, que recordaba tantas demasías; no podía pronunciarse, sin espanto de todos; esa bandera, empapada en sangre; no dispersaba otro afecto que el horror! Habíase, pues; identificado todas las ideas de orden, con las ideas de un absolutismo insensato; todas las ideas de libertad, con

las de un jacobinismo desalmado; *sinónimos*, habían llegado á ser: *libertad y rebelión, liberal y regicida*; considerábase un crimen; contra la estabilidad de los tronos, y la tranquilidad de los Estados; el hacer tentativa alguna, para alcanzar reformas políticas; y el despotismo más fanático, era tenido por único refugio del orden; único baluarte, que protegería á la humana sociedad!

Al modo, pues; que la antigua filosofía no comprendió nunca la existencia de la sociedad civil; una vez privada de la esclavitud; ya, no comprendieron; por entónces; los modernos amigos de la fidelidad al poder, que fuera dable el orden; sin el apoyo del despotismo.

Mas, al punto que vieron á un hombre como Daniel O'Connell; tan respetado, por la magnitud de su talento; por la pureza de sus intenciones, por la fidelidad á sus principios; por el amor, hacia su pueblo; por el conocimiento de su fe, por la sinceridad de sus creencias; al punto que vieron, en una palabra; al gran ciudadano y gran cristiano, invocar la libertad; y confesar, á voz en grito; sus ideas liberales: empezaron estas palabras; primero; á ser, menos agrias; para los oídos tímidos y delicados del catolicismo, y de la lealtad irlandesa: mas, pronto; se familiarizó, con ellas; el pueblo de Irlanda; llegaron á serle naturales; y, con las ideas que representan; nacieron los afectos que inspiran. Por último; Irlanda; en la escuela de su O'Connell, y dirigida por él; mereció ser mirada, como el pueblo más liberal de Europa; y el más ciego admirador de la libertad; pero ¿de qué libertad? ¡Si; la nación Irlandesa; á pesar de las calumnias y ultrajes, que le prodiga la herejía anglicana; quien, semejante á los crueles y orgullosos judíos; blasfema; y, además; insulta á la víctima, que ha sacrificado; la nación irlandesa, lo repito; es, á pesar de todo; una nación de héroes! Formada por las teorías, cristianamente liberales; de O'Connell, ha adoptado Irlanda la verdadera libertad, hija de la Religión; y púostose en guardia, contra la falsa; monstruo, nacido de la rebelión: ha ofrecido al mundo el espectáculo; único, en su especie; de un pueblo libre, en cuanto á reclamar sus derechos; dócil, en cuanto á obedecer las leyes; celoso de su independencia, y enemigo de la rebelión; apasionado, por su país; y fiel

á su Rey; bastante altivo, para no envilecerse; bastante cuerdo, para no insultar al poder; sublime en la resignación; y moderado, en la resistencia; vigilante de sus propios derechos; y escrupuloso, en respetar los ajenos: que se reúne; pero, sin tumultos; se queja; pero, sin invecivas; clama, contra la injusticia; pero, sin traspasar, ni una vez; los límites de la lealtad.

¡Loor, pues; y gloria á O'Connell; porque, así; reconcilió á la libertad, con el orden; á la independencia, con la fidelidad; transformando en principio de seguridad y dicha, el principio de la destrucción de los tronos; que lo es, también; de la desolación, y esclavitud del pueblo!

En breve; pasa á Inglaterra, desde Irlanda; esta gran revolución pacífica; consumada, en las ideas y afectos de este último país; y, de Inglaterra; extiéndose, por todos los ámbitos de Europa! El ejemplar de una nación de ocho millones de hombres; que, obediente á las doctrinas de su maestro... no sé, si diga, su profeta! se halla, siempre; agitada, á la vez que tranquila; siempre, se muestra afanosa, en discutir sus derechos; y, siempre; exacta, en cumplir sus deberes; que reclama, siempre; de las injusticias que sufre, sin abandonar sus hábitos de fidelidad; ese ejemplar, abre los ojos á muchos; y derrama, un torrente de luz; sobre la ciencia de gobernar á los pueblos! Disipanse las preocupaciones; y, entónces; descubren las almas elevadas, una alianza posible; entre la libertad, y la obediencia; entre la agitación más viva, y el respeto á la ley; entre los derechos de los súbditos, y la seguridad personal de los príncipes; entre la independencia del pueblo, y la estabilidad de los gobiernos: comiézase á pronunciar, sin repugnancia; la palabra libertad; y empiézase á entender, que es, muy fácil; ser amigo del pueblo; sin llegar á ser, enemigo de los reyes; ser liberal, y no ser, jacobino!

¿Y dónde pensais, que se hallan, hoy; los que provocaban las leyes restrictivas, los mas viles aduladores del poder, los sostenes de la doctrina de los antiguos pueblos paganos; esto es, la absoluta supremacía del Estado; doctrina; que abandona á todo un pueblo cristiano; á la arbitrariedad, al capricho de algunos hombres; que se apellidan, el Estado; creando, una servi-

dumbre universal? ¿Dónde creéis, que se encuentran, los que rehusan al padre de familia; la libertad de educar á sus propios hijos: al ayuntamiento, la de regular sus propios gastos; á la provincia, de atender á su prosperidad; á la Iglesia, de predicar; y conducir á los pueblos, por las sendas de la verdad y de la justicia? ¿Dónde, esos hombres; en quienes el odio de que están poseídos, contra el pueblo; es comparable, únicamente, al desprecio, con que, del mismo; acostumbran hablar? ¿Dónde, en fin; imagináis, que se hallan, los enemigos de toda libertad; los insolentes fautores de toda esclavitud? ¿Dónde? Entre las filas de los demagogos mas fanáticos; entre los discípulos del jacobinismo, y de la rebelion: cuando, por el contrario; la libertad no conoce amigos más sinceros, prosélitos mas constantes, defensores más intrépidos, abogados más generosos; que los partidarios más doctos del régimen monárquico; y los héroes, y mártires de la fidelidad.

Pues bien; ese cambio, tan extraño quanto inesperado; tomó, en Irlanda; origen, y principio; nació, bajo la defensa; y se desarrolló, con la ayuda de la enseñanza de O'Connell; quien, por medio del ejemplo de su patria, ha modificado, ó cambiado; en un todo; las ideas políticas, de gran parte de las naciones europeas. Si; O'Connell es, quien ha destruido la falsa libertad; y recomendado la verdadera; él es, quien ha mostrado desnuda, á la vil hipocresía demagógica; desacreditando á la sedicion; y, para siempre!

Era esta, en verdad; la doctrina de los antiguos apóstoles, de los primeros cristianos, de los mártires de la antigüedad; quienes, al paso que reclamaban sus derechos, en sus discursos y escritos; por medio de sus protestas, ante los tribunales; y sus apologetas, presentadas á los emperadores; sin dejar de pedir reparacion de la injusticia, no cesaban nunca de ser fieles! Pero el temor á una situacion más aciaga, habia eclipsado; y como apagado, esa noble doctrina; en el corazón de las personas; fielmente, *cristianas*; y, *cristianamente*; fieles: habriailes, ya; parecido, delito; un pensamiento, una palabra de queja; contra una injusticia; de censura; contra un abuso, de parte del gobierno; y O'Connell es, quien ha resucitado esa doctrina conciliadora; quien la ha renovado, generalizado, ense-

ñado; con la fuerza de su elocuencia; y con el brillo de sus triunfos; haciéndola comun, y popular en Europa.

Vosotros mismos, ¡o Romanos, que me escuchais! venis á probar, que la influencia del apostolado politico de O'Connell; ha penetrado... hasta en esta bella region europea!

¡Todavía; puede, que se hallen; entre vosotros; confiésolo, con dolor! algunos discípulos atrasados de la filosofia revolucionaria del siglo xviii, algun pedante insensato; que se esfuerce, por llevar á efecto; en la Roma cristiana! las teorías republicanas de la Roma pagana; por aplicar á la *sociedad civil*, las ideas de colegio. Verdad es, que existen; entre esos hombres; algunos, para quienes; como se verificaba, con los hombres sanguinarios del 93... sus propios ascendientes; la palabra, *libertad del pueblo*; envuelve, el triste pensamiento de la destruccion; y el horrible impulso del odio, contra los soberanos. Pero estos ciudadanos degenerados (si es, que se puede dar el nombre de *ciudadano*; al que amenaza la ruina de su patria!) son, por fortuna; muy pocos, en el dia: el pueblo, el verdadero pueblo romano; que, por su amor al órden, á la obediencia, al soberano; ha llegado á excitar la admiracion del mundo! ese pueblo mira, con horror; á aquellos ocultos promovedores de rebelion; obligándoles á esconderse; con sus doctrinas, de desórden y sangre. La gran cordura de ese pueblo no permite se deje sorprender, en las emboscadas de aquéllos; engañar, por su hipocresía: él no comprende la libertad, sin el órden; no separa el anhelo de su propio bienestar, de la fidelidad y obediencia á su soberano! Aún, hay más: ese pueblo, tan bueno y tan inteligente... ¿os lo diré? ha perfeccionado, la doctrina; que O'Connell habia recomendado; y acreditado; en el mundo: ha unido, á la legalidad más estricta; el entusiasmo del amor! El pide, por medio de una agitacion amorosa; como Irlanda, por medio de una agitacion liberal; la reforma de los abusos; que, á influjo del tiempo, y de las pasiones; como sucede; siempre, en todas partes; han alterado el fondo de la antigua constitucion de los Estados de la Iglesia: en los que se veian conciliados, de una manera tan cumplida; el órden, y la libertad! Y, no pudiendo el lenguaje de un pueblo amoroso, dejar de ser escuchado de un pontífice; cuyo primer

afecto es, el amor á su pueblo; no siendo posible, que corazones; sinceros, en amarse; no acaben por entenderse: ¡Roma, qué gloria te preparas, tú misma! si te comprenden, si no te detienen, si no te engañan, si no te venden! ¡Qué bella página, añadirás á tu historia! ¡En ella; leerá la posteridad, con sorpresa; la conquista de una libertad prudente, y verdadera; que habrás obtenido, sin seguir otra senda que la del amor!

Hablo de una libertad prudente; porque; así como existe un oro verdadero, y otro falso; así, existe una libertad verdadera; y otra libertad falsa. ¡Ah! ¡qué bella es, la primera! qué asquerosa, la segunda! Qué majestuosa, aquélla! qué terrible, ésta! ¡Como la primera respira; gracia, y paz: la segunda; espanto, y horror! La una ha adornado su cabeza, con la espléndida aureola del órden; la otra; háseela cubierto, con el gorro de la anarquía: lleva una, en la mano; el olivo, simbolo de la paz; la otra, la tea de la discordia: vestida está una, con la blanca túnica de la inocencia; envuelta la otra, con la negra y sangrienta capa del crimen: la una es, el sosten de los tronos; su ruina, la otra; la una es; la gloria, y la felicidad de los pueblos: la otra; su vergüenza, y su azote; vomitada ha sido ésta, por el infierno; cual soplo venenoso del espíritu de las tinieblas: aquélla descendiendo de los cielos, como suave emanacion del espíritu de Dios: «En donde réina el espíritu de Dios, allí réina la libertad!»

Hé, aquí; la causa: sabedlo, queridos

hermanos míos; por la cual, esa libertad verdadera ha salido; no, de las clandestinas orgías de la rebelion; si, del santuario: ha germinado; no, con las doctrinas de la Filosofía; sino, con las doctrinas de la Religión... La libertad es; la irradiacion pacífica de la verdad; como la irradiacion es; la funesta antorcha del error: de forma, pues; que, solo apoyándose en la Iglesia; puede ser aquélla, sincera y pura; pues la verdad sincera y pura, no está más que en la Iglesia! Del mismo modo que esta última ha sostenido, la libertad metafísica del alma humana; contra los filósofos, y herejes que la habian atacado; como la Iglesia, digo; ha sido, la creadora de la libertad doméstica; elevando á la mujer á la dignidad de esposa, y consagrando los derechos de sus hijos; como la Iglesia ha creado, la libertad civil; aboliendo, entre los pueblos cristianos; la venta de los hombres y la esclavitud; así; podrá solo la Iglesia, proclamar la libertad política; fijando los límites verdaderos y justos, de la obediencia y del mando; de los derechos, y deberes de los pueblos; de los derechos, y deberes de los gobiernos!

¡Fidelidad, pues; obediencia, confianza, amor á la verdadera Religión; á imitacion del grande hombre, cuya pérdida lamentamos; y que, habiéndose valido; como hemos visto; de la Religión, para alcanzar la verdadera libertad: *Liberavit gentem suam à perditione*; se sirvió, tambien; de esa misma libertad, para hacer triunfar la Religión: *Corroboravit Templum Hé*, aquí; lo que nos resta ver, en la segunda parte.